

*BODAS QUE FUERON FAMOSAS
DEL PINGAJO Y LA FANDANGA
(Tragicomedia popular)*

Personajes

EL PINGAJO (soldado repatriado de cuba)
LA FANDANGA
EL PETATE (expresidiario, padre de la Fandanga)
LA CARMELA (madre de la Fandanga)
LA MADRE MARTINA (beata y correveidile)
EL SALAMANCA (compadre del Petate)
EL TUERTO (tabernero)
EL TENIENTE (que pertenece al cuerpo de Húsares de Pavía)
LA AGÜELA
LA COMADRE
UN BARQUILLERO
UN SARGENTO
SOLDADO 1
SOLDADO 2
SOLDADO 3
EL CENTINELA
CESANTE 1
CESANTE 2
EMPLEADO 1 (del casino)
EMPLEADO 2 (del casino)
EMPLEADO 3 (del casino)
UNA MUJER
OTRA MUJER
OTRA MUJER
OTRA MUJER
UNA MUCHACHA
GUARDIAS
SOLDADOS
NIÑOS Y NIÑAS
PUEBLO GENERAL

La acción en Madrid, por los años de desgracia de 1898.

De bellotas y cascajo
se va armar la bullaranga,
que se casa el tío Pingajo
con su novia, la Fandanga.

La madrina será la Cibeles,
el padrino, el Viaducto será;
los asilos del Pardo, testigos,
y la iglesia, la Puert'Alcalá.

COPLA POPULAR MADRILEÑA

ESTAMPA PRIMERA

Arrabales del Madrid de la Regencia. Afueras por donde las «Ventas del Espíritu Santo»: casuchas, barracas y aduares¹ gitanescos. Ropa tendida y oreada por el viento de la meseta, gallinas picoteando en la basura. En un altozano, bajo la pureza casi primaveral del cielo madrileño, se levanta la «Venta del Tuerto, vinos y aguardientes». Afuera, bajo un encañizado, juegan a la rana CUATRO BIGARDOS², uno de ellos con uniforme de rayadillo que lleva del brazo sujeto a un pañuelo anudado al cuello, la manga de la guerrera flotante al aire. La pieza de metal, al caer en la boca de la rana, deja oír un sonido alegre y metálico que contrasta con el canto dulce y melancólico de las NIÑAS que juegan al corro en la quieta tarde madrileña.

CORO LEJANO DE NIÑAS.—

En la era patatera³
 yo le dije al conductor
 que toma la Nita y Nita,
 que toma la Nita y No.
 ¡Ay, sí, ay, no...!

¹ Tiendas de campaña moriscas, adaptadas al gusto gitano.

² Golfos.

³ Copla popular que revela metafóricamente la era del hambre, o de comer sólo patatas en los años del Desastre (1898).

(Es ahora el SORCHE DE RAYADILLO⁴ quien tira las piezas a la rana. Los otros tres contemplan la tirada. Aquel pingajo humano tiene su apéndice libre, con ademanes de jugador avezado, hacia la boquita de la rana, que parece mirarle con burla.)

LAS NIÑAS.—

Estaba la Nita y Nita
sentadita en su balcón,
ay, sí; ay, no...
esperando que pasara
el segundo batallón.
Que toma la Nita y Nita, [...]

(El SORCHE ha hecho cinco aparatosas dianas en el orificio bucal de la rana ante el asombro de los otros compadres, que le miran como si ante ellos estuviera el mismo maestro Lagartijo⁵ en persona, tal es su admiración.)

EL SALAMANCA.— *(Tiene talante de sacristán y lleva gafas de miope.)* Mi madre..., ¡qué tío! Si no se ve, no se cree...

EL PETATE.— *(Un viejo agitado.)* Vaya un brazo fino que tie el gachó. Pa que se lo hubián malograo en la Perla e las Antillas⁶...

EL PINGAJO.— *(Que así llaman al sorche del brazo en cabestrillo.)* Pos esto no es na. Hubián tenío que verme ustés hace un año pa San Isidro, antes que los del almirante Sempson⁷ nos las hicían pasar morá en la manigua⁸; entonces, compadres, si de treinta envites⁹ erraba uno, lo hacía pa no dejar mal a la concurrencia...

⁴ «Soldado» en término despectivo. Argot popular.

⁵ Torero famoso que creó una dinastía y manera de torear.

⁶ La isla de Cuba, llamada así popularmente en la época del Desastre.

⁷ Los marinos del almirante norteamericano Sempson.

⁸ Expresión popular: pasarlo mal en terrenos cubiertos de maleza, en la isla de Cuba.

⁹ Tirada de juego.

- EL PETATE.— (*Emocionado.*) Hijo; ¿y la misma puntería tenías allá en ultramar con el chopo¹⁰?
- EL PINGAJO.— (*Muy digno.*) Alto ahí, compadre. Que uno no ha nacido pa matar cristianos.
- EL SALAMANCA.— ¡Ele...! Así se habla, sí señor...
- EL PINGAJO.— (*Muy ceremonioso.*) Bueno..., y ahora. Tratos son tratos. (*Se vuelve hacia el PETATE.*) ¿Me se adjudica, o no me se adjudica, la doncella?
- EL PETATE.— (*Muy serio.*) Te se adjudica. Testigos son estos caballeros: (*Señala a los otros dos: el SALAMANCA y el TUERTO, que no salen de su asombro.*) Apuestas son apuestas. Y zanjao el expediente. Mi Fandanga es pa ti... Y en mejores manos no puedo dejar a la hija de mis entrañas. Mejor novio no lo habrá en toa la faz de la tierra. (*Volviéndose a los otros.*) Mejorando lo presente...
- EL TUERTO.— (*Tabernero y propietario del negocio bebestible.*) Habrá que regar estos esponsales. Y la primera convidá pertenece al novio...
- EL PINGAJO.— Como no me fíes, compadre... Me deben los pluses de campaña¹¹.
- EL PETATE.— Esta convidá pertenece al pae de la novia... (*Autoritario, al TUERTO.*) Anda allá y saca un frasco, Tuerto. Y arrima unas tajás de bacalao de Bilbao... Y que no se diga que aquí el compadre Pingajo ganó a mi chica con mala traza, sino con esfuerzo de nobleza, y ustés habéis sólo testigos...
- EL SALAMANCA.— Y así lo atestiguamos como lo que semos... (*El TUERTO entra en la venta.*)
- EL PETATE.— Ea... (*Abriendo los brazos al PINGAJO.*) Y ahora dame un abrazo, yerno e mi alma. Abraza a tu suegro que lo es, que se me está saliendo el alma por la boca. (*Se abrazan los dos compadres y el SALAMANCA parece el testigo de esta alternativa taurómaca. Luego del abrazo, el PETATE, apoyado en la cachava¹², se yergue como un patriarca y sermonea al futuro yerno.*) El azar del juego ha hecho que vayamos a

¹⁰ Fusil, en argot popular.

¹¹ Sobresueldo que se da a la tropa en campaña.

¹² Cayado de pastor.

emparentar, compadre. El azar es voz de la sabiduría. Tampoco había estao mal que la ruela de la fortuna se hubiá inclinao hacia cualquiá de los otros dos pretendientes, u séase, el Salamanca, aquí presente, u el Tuerto, que hace de buen samaritano. Con cualquiá de vosotros tres se hubiá sentío feliz éste que lo es, y feliz hubiá sío por consiguiente la hija e mis entrañas, u séase, la Fandanga. Pero ya que la caprichosa suerte ha ío a dar en tus manos, tan finas pal envite del juego como habrán de serlo pa las caricias, deja que me congratule y lo celebre. *(Con voz llorosa.)* Dame otro abrazo, compadre e mi alma...

EL PINGAJO.— *(Abrazando a medias a su compadre.)* Un semiabrazo te puedo dar, pero tómatelo como entero compadre...

EL PETATE.— *(Ha sacado un pañuelo una vez terminado el largo abrazo. Y se seca una lágrima.)* Te llevas el tesoro más grande de este mundo, Pingajo e mi alma. Lo más fino del mujerío de too Madrí. Educá como una señorita, que lo puen decir las Mares Agustinas de Canillejas¹³, que la han educao... como eso, como una señorita.

EL SALAMANCA.— *(Asintiendo.)* Bien, verdad es que tu Fandanga podría poner los pingos¹⁴ en el señorío e los madriles...

EL PETATE.— *(Elevando los brazos como haciendo un conjuro.)* Y te la entrego intazta, como si fua una reliquia. Pero ya sé que a mejores manos no pue ir: manos finas pal tapete verde¹⁵ y pa los billetes de banco. Manos que se negaron al chopo y al machete en la manigua; hechas pal percal de la muleta¹⁶ y el restallar de los «pitos»¹⁷. ¿Hay mejores manos en too Madrí? Que no, ea... Y déjame que lllore, que un padre tie que llorar a la fuerza... *(Sale de la tasca el TUERTO con el vino y el bacalao a tiempo de contemplar el planto lacrimoso del PETATE.)*

EL TUERTO.— ¿En ésas nos andamos, compadre? ¿Llorando? Más tenía que llorar un servidor y aquí el Salamanca, que nos habíamos hecho ilusiones vanas. Y en la respectiva a menda ya pensaba que la soleá de estos

¹³ Orden religiosa que en Madrid se dedicaba, entre otras cosas, a la educación de hijos de gente señorial.

¹⁴ Presumir, en argot popular.

¹⁵ Popular juego metafórico que equivale al arte de saber rodar bien en las mesas de los casinos.

¹⁶ Giro popular con doble sentido: el de torear bien y el de robar bien.

¹⁷ Dedos, en argot popular.

últimos años se iba a ver aliviada con el buen ver de una moza como tu Fandanga. Pero a lo hecho, pecho, y la Fortuna es ciega. A manos del compadre ha ío a parar, y de hombres es allanarse. (Al SALAMANCA.) ¿Que no, compadre?

EL SALAMANCA.— Y ustez que lo diga...

(El TUERTO, mientras tanto, ha ido escanciando¹⁸ el vino y coloca los vasos sobre una banquetta, así como las ras-pas del bacalao. Se sientan todos en el banco, excepto el PETATE, que permanece erguido, llevándose el vaso a los labios mientras parece contemplar las lejanías, por donde todavía llega el quejido musical de la «Nita y Nita».)

EL PINGAJO.— (Luego de beber.) Menda es el primero en lamentar que tan gustoso bocaó no puean compartirlo ustés...

EL TUERTO.— Ahora los perdedores habemos de ahogar las penas en el vino y pensar en otras cosas. Que si nos detenemos a pensar en nuestra esgracia, no habría español que se atreviera a echar una copla en estos malos años de nuestras esgracias. Por eso, al mal tiempo, buena cara. Y en lo respectivo al casorio del Petate y la Fandanga, soy de la humilde opinión que esa boda tie que ser tan soná como se merece...

(Al oír esto, el PETATE sale de su contemplación y se vuelve a ellos lleno de orgullo.)

EL PETATE.— ¿Cómo sonás? Sonás y resonás van a se las bodas del Petate y la Fandanga. Por éstas. Pos estaría de ver que la hija del tío Petate se casara así como así con este héroe de la manigua, que pa mí como si fue general. Brazo fino tie pa general el gachó. Pues sus digo que ni la boda del Alfonso, que en gloria esté, con la Tisiquita¹⁹ va a ser tan soná como ésta. Pa que vea el mundo entero que en nuestra España no falta alegría ni majeza. Capaz será éste que lo es de asaltar el Banco de España, o,

¹⁸ Arcaísmo. Echar vino.

¹⁹ Se refiere a la reina Mercedes, primera mujer de Alfonso XII.

cuando no, de arrancar toas las dentaduras postizas de la aristocracia e los madriles. Pos estaría bueno...

EL PINGAJO.— ¡Ele...! Así se habla, compadre. Que entuavía quea oro e las Américas...

EL SALAMANCA.— Las bodas tien que ser como las merece el pueblo. (*Al PETATE.*) Aquí ties estos «dátiles» (*Señala la mano.*) que se han queao un poco agorrotaos después de pasar veinticinco años en la trena; pero su dueño los va a poner en funcionamiento de moo y manera que no va a haber cartera que se los resista.

EL TUERTO.— Un servidor de ustés aportará to el vino que haga falta pa que ninguno quede sediente...

EL PINGAJO.— ¡Ele...!, sí señor. Así se habla. Que los amigos son pa las circunstancias. (*Levantando el vaso.*) ¡Y viva España y que se mueran los yanquis!²⁰...

EL TUERTO.— (*Correspondiendo al brindis.*) Ahí va este trago. ¡Por el Petate y la Fandanga...!

LOS OTROS.— ¡Por el Petate y la Fandanga! (*Palmotean al sorche, que, palpitante de felicidad, se deja acariciar.*)

EL PINGAJO.— Menúo salto... De beber orines y dormir sobre boñigas²¹ a acostarse con la Fandanga en tiempos e paz... (*Levantando la cabeza de pronto.*) Y a too esto, ¿qué hora es, compadres?

EL SALAMANCA.— Las cuatro sonás son...

EL PINGAJO.— (*Levantándose.*) ¡Mi madre!... Tengo que pirármelas²², que se ma había ío el santo al cielo...

EL PETATE.— ¿Que te ties que pirar? ¿Es que vas a dejar a la concurrencia?

EL PINGAJO.— Porque tengo que ir a asistir a mi tiniente...

EL PETATE.— ¿A asistir tú? Pero güeno... ¿Dende cuándo un héroe e las Antillas tie que cepillar las botas de nadie?

EL PINGAJO.— (*Muy confuso.*) Es que lo manda la ordenanza...

EL PETATE.— Ni hablar, chavea. Tú te queas hoy aquí. Nosotros te relevamos del servicio...

²⁰ Expresión que nos revela el desprecio a los norteamericanos, que por aquel tiempo se apoderaron de la isla de Cuba.

²¹ Excrementos del caballo.

²² Argot: irse.

EL PINGAJO.— (*Echándose la mano libre a la cabeza.*) ¡Mi madre..., que me afusilan...!

EL PETATE.— ¿Qué ices? ¿Y nosotros pa qué estamos? ¿Pa qué estamos aquí mi compadre el Pingajo y éste que lo es, que fueron los reyes del Hacho Ceuta²³ cuando la flor y la nata de la majeza española estaba confiná en aquellos amenes²⁴? Que no hables más, que me desilusionas, chavea...

EL PINGAJO.— ¿Quién, yo? ¿Desilusionar?... Pero si mi señorito no tie una patá en el..., y hace lo que yo le mando... Yo lo decía porque le tengo voluntá; si no, ¿de qué?... (*Al TUERTO.*) Ponga otra ronda y me queo...

EL SALAMANCA.— ¡Ele los valientes...! Y ésta corre e mi cuenta... ¡Y vivan los novios...! (*Beben risueños y alegres los compadres.*)

EL PETATE.— (*Hablando con solemnidad.*) Tres cosas na más hay en este mundo que me tiran a seguir viviendo, y son por este orden: la franela el maestro Lagartijo, (*Al decir esto, se quita la gorra y baja la cabeza.*) el vino e mi compadre (*Hace una reverencia al TUERTO.*) y el brazo fino e mi yerno mi alma pal juego e la rana... Y a ver quién pué mentar otras tres maravillas...

EL SALAMANCA.— Las estocás de Frascuelo²⁵.

EL TUERTO.— (*Interviniendo.*) Güeno, no empecemos. No empecemos ya... Que hoy no va a ser día e disputas...

EL PETATE.— (*Sigue hablando sin hacer alusión a la mala salida del Salamanca.*) Y mire usté por dónde hoy tenemos aquí dos maravillas del mundo: el tintorro y el brazo el gachó de ultramar, que decía que iba a limpiar las botas a su tiniente. ¡Anda ya...! ¿De dónde, chavea? ¿Esos brazos finos van a emplearse en menesteres serviles? Cuando entoavía ties traza pa plantar cara al maestro e la tauromaquia y, cuando no, pa acariciar billetes en los salones de la mesa verde del Círculo e Bellas Artes, pongo por caso...

EL PINGAJO.— Pero también le tira uno la melicia, compadre. Y la güena voluntá a sus superiores.

²³ Presidio famoso de Ceuta. Hoy no existe. En *El Manolo*, sainete de don Ramón de la Cruz, se habla de este presidio.

²⁴ Giro popular: aquellos lugares.

²⁵ Famoso torero de la época. Él y el maestro Lagartijo eran los más populares.

- EL PETATE.— No me vengas con sentimentalismos ahora, yerno e mi alma. Que toos sabemos el respeto que se tie a ese uniforme. Y que a nuestros oídos ha llegao el porqué del mote que te pusieron en las Antillas.
- EL PINGAJO.— (*Que se yergue, muy fiero.*) ¿De qué mote está usted hablando? ¿De qué mote? Me lo puse yo mismamente cuando me tiraba el cerrao..., pa que se entere. Que poco me importa que los bureles me echaran pa arriba como un pingajo...
- EL PETATE.— Y yo te creo... Pero mira si hay malas lenguas en el cuartel, que dicen que el mal nombre de Pingajo te viene por lo siguiente: de que, como no servías pa na en el combate, te plantaban con los brazos abiertos delante los mambises pa que se asustaran al ver tu jeta... (*El PINGAJO da un paso a él en actitud amenazadora, y él retrocede y rectifica.*) Que yo no lo digo, compadre y yerno; que son las malas lenguas del cuartel. Que te lo igo pa que no tengas tanto respeto a la melicia. Que yo te idolatro, yerno. (*Aminora el otro su fiereza mientras el TUERTO escancia más vino.*)
- EL TUERTO.— Haiga paz, hombre, haiga paz... ¿A santo de qué tenéis que sacar ahora a relucir mote más o menos? Aquí no hay más que el soplar y planear la verbena e la boda... Arriba con el tintorro... (*Beben. El PETATE se limpia el morro y escupe; sonríe torvamente mirando al mozo de rayadillo.*)
- EL PETATE.— ¡Ay compadre e mi alma, y qué jechuras tie el gachó! Cómo me subleva... Pa pensar en lustrar botas a un señorito... Tú ties que llegar aonde te mereces, y yo tengo que ayudarte, como aquí mis compadres, que pa eso estamos emparentando...

(Llega en este momento una mujeruca vestida con hábito morado de nazareno. Lleva prendidos en el pecho toda clase de escapularios y estampas de Lagartijo y Frascuelo. En la mano, unos cuantos folletos de profecías, gozos y milagros.)

- LA MADRE MARTINA.— (*Con cantinela.*) Las profecías de la madre Rafols²⁶.
La llegada al mundo del Espíritu Santo y el fin de la barbarie antirreli-

²⁶ Profetisa catalana de finales de siglo. Se publicaron sus profecías y predijo la Guerra Civil española. Era también monja.

giosa. Por quince céntimos las vendo, pa los pobres de san Bernardino... Tengo también escapularios benditos del Sagrado Corazón y la Inmaculá... (*Los hombres dejan de hablar y la contemplan con malicia. La MADRE MARTINA, cambiando el tono y con sonrisa picaresca.*) Y también tengo a los maestros Lagartijo y Frascuelo, a dos céntimos la estampa...

EL PETATE.— Haber empezao por ahí...

LA MADRE MARTINA.— Tengo pa toos los gustos... (*Al TUERTO.*) ¡Ay!, sácame una copita e cazalla pa ver si me se pasa esta angustia que llevo...

EL TUERTO.— Ya va... Y hoy sales conviá, mae Martina, que estamos de celebración... (*La MADRE MARTINA demanda con gestos un rincón del banco y se sienta sofocada.*)

LA MADRE MARTINA.— ¡Ay, hacedme un sitio..., que la cuesta m'ha dejao sin resuello...! ¿Y qué se celebra?

EL PETATE.— (*Muy ceremonioso.*) Esponsales...

(*El TUERTO entró dentro por la copa de cazalla.*)

LA MADRE MARTINA.— (*Fingiendo extrañeza.*) ¿Esponsales? ¿Y de quién?, si pue saberse.

EL PETATE.— De mi Fandango e mi alma con aquí el melitar...

LA MADRE MARTINA.— (*Persiguiéndose.*) ¡Ave María Purísima...! ¿Que vas a casar a esa criaturita de Dios?

EL PETATE.— ¿Por qué te asombras, beatona?

LA MADRE MARTINA.— ¿No me voy a asombrar? Si entoavía es un angelito.

EL PETATE.— Hizo los trece por San Cayetano.

LA MADRE MARTINA.— ¿Y lo sabe la Carmela? (*Cogiendo la copa que le trae el TUERTO.*) Gracias, hijo; que Dios te lo pague...

EL PETATE.— ¿Y qué contra le importa a la Carmela? El padre es quien decide...

LA MADRE MARTINA.— (*Echándose la copa al coletto.*) Pos a la salud del matrimonio... (*Luego de beber.*) Madre Santísima de la Esperanza... La Fandanga... Cuando una l'ha tenío en brazos... ¡Ay, cómo pasa el tiempo! (*Al PINGAJO.*) Que te aproveche, mozo... (*Se levanta.*) Y ahora me voy... A ver si me estreno...

EL SALAMANCA.— ¿Ya te vas?

LA MADRE MARTINA.— A ver si la Virgen Santísima quie que me estrene...

EL TUERTO.— ¿Pos no venías tan cansá?

LA MADRE MARTINA.— Los pobres no poemos descansar...

EL PETATE.— Lo que vas a correr el cuento por el barrio... Mía por donde ya tenemos pregonero...

LA MADRE MARTINA.— (*Volviéndose cuando ya salía.*) Voy a hacer un mandao en ca unas señoritas de bien... A la Cuesta de San Vicente...

EL PETATE.— (*Riendo con mala intención.*) ¿Y qué mercancía llevas a esas señoritas? ¿Polvos de pae Claré²⁷? (*Risas de los otros.*)

LA MADRE MARTINA.— (*Muy enfurecida.*) Tus higaos envenenaos, compadre... Tu lengua, que debía estar en la boca e los perros... Llegará un día en que tengáis que ir rezando el rosario por las calles... Aquí lo dice una santa de estos tiempos... ¡Ay, quién pudiá verlo...! (*Los otros siguen la burla.*)

EL PETATE.— Pero vuelve acá, beatona... Tómate otro trago...

LA MADRE MARTINA.— (*Ya desde fuera.*) ¡Te la metes ande te coja, camastrón²⁸, guaja²⁹...! (*Crece las risas.*)

EL SALAMANCA.— Tie chiste la vieja...

EL PETATE.— Ésa... es más lista... Tie guardaos doblones de los de América. Ésa, esa...

EL TUERTO.— Nos da ciento y raya a nosotros...

EL PETATE.— Yo estoy siempre de broma con ella... Ahora va con el cuento a la Carmela. Pa eso la convidamos... (*Guiñando un ojo al TUERTO.*) ¿No es así, compadre? (*El TUERTO asiente guiñando otro ojo. El PETATE coge un vaso y se lo lleva al PINGAJO.*) Echa otro trago, Pingajo e mi alma... Y no amurries la jeta³⁰, gachó..., que muchos quisián estar en tu pellejo... Vas a ver qué migas te adereza mi Fandanga y cómo te vas a chupar los dátiles. S'acabó el cucharón y pasó atrás³¹... Ni sonás que las vamos a hacer... Con capa esclavina y revueltas colorás y pantalón ajustao quieo

²⁷ Se refiere a san Antonio María Claré, confesor de Isabel II. Tiene la frase una irónica y doble intención.

²⁸ Disimulado o astuto. En este contexto puede tener también sentido de «viejo verde».

²⁹ Granuja, golfo.

³⁰ Frunzas el ceño. Expresión suburbial.

³¹ Frase militar que aludía al modo de distribuir el rancho, puestos los soldados en hilera y retrocediendo al recibir el cucharón de bazofia. («Bazofia»: comida mala.)

verte... O cuando no, si te tira el uniforme, de brigadier con entorchaos³²...
 Lo vas a ser, por mi madre... Te lo juro que lo vas a ser... Si en este año
 de mil ochocientos noventa y ocho s'ha acabao nuestro poderío melitar,
 según dicen los papeles, este año también va a empezar el reino e Jauja
 en la tierra... ¡A vivir, que la vía es corta! ¡Y que viva España irridenta...!
 LOS TRES.— (*Levantando el vaso y con mucha sorna.*) ¡Viva...!

(Las risas enlazan con el canto de la «Nita y Nita» infantil, mientras se hace oscuro.)

ESTAMPA SEGUNDA

Interior de la cueva. Al fondo, la entrada que tapa una cortinilla de estera. Paja y jeronas. Sartenes y cacerolas. A la izquierda, un anafre³³ de donde sale un tufo de gallinejas fritas. Objetos heterogéneos. En la pared terriza, estampas de la Virgen del Carmen y de Lagartijo. La CARMELA cose sentada en una divertida silla de paja, junto a la puerta, aprovechando el hilillo de la luz que atraviesa la cortinilla. En el rincón, junto al anafre, el bulto negro de una bruja avienta las brasas con un soplillo. Llega desde fuera el continuo canto de la «Nita y Nita», que se acompasa a los suspiros de la vieja guisadora. Se alza de pronto la cortinilla de la entrada y aparece la visión de la MADRE MARTINA.

(A la CARMELA se le ilumina el rostro.)

LA MADRE MARTINA.— Ave María Purísima...

LA CARMELA.— Sin pecado concebida sea por siempre... Amén. Pasa, madre, y sosiega un ratito... Aquí estoy de costura...

(Entra la beata y busca donde sentarse, haciéndolo en un montón de sacos destripados³⁴.)

³² Un grado militar de la época, hiperbolizando el grado de brigada.

³³ Hornilla.

³⁴ Sacos rotos.

LA MADRE MARTINA.— (*Dirigiéndose a la bruja que guisa.*) Buenas tardes dé Dios a la agüela...

LA AGÜELA.— Grmmmmmm...

LA CARMELA.— ¿Qué traes de bueno por estos andurriales?

LA MADRE MARTINA.— A darte los parabienes vengo.

LA CARMELA.— ¿Parabienes dices? Si así llamas a la miseria que nos envía Dios Nuestro Señor, razón llevas...

LA MADRE MARTINA.— ¿Y no habían de ser parabienes los que te ha de traer el casorio de tu chica?

LA CARMELA.— (*Deja de coser.*) No te he oído bien... ¿Quieres hablar más alto?

LA MADRE MARTINA.— Te estoy hablando del casorio e tu chica, la Fandanga.

LA CARMELA.— ¿Qué casorio?

LA MADRE MARTINA.— A ver si no vas a estar diquelá³⁵ de lo aconteció.

LA CARMELA.— Por mis muertos que te juro que no sé de qué me hablas...

(Como quiera que el freír de las gallinejas y un canturreo espeso de la bruja, que da cabezadas junto al hornillo, dificulta las palabras, la CARMELA, sin levantarse, arrastra su silla hasta pegarse a la beata.)

LA MADRE MARTINA.— Pues en la venta el Tuerto anda tu Petate celebrando el compromiso. A mí me convidaron a aguardiente.

LA CARMELA.— Pero ¿qué compromiso? Expílicate, mujer... (*Se vuelve a la bruja.*) ¿Está usted oyendo, madre? (*La AGÜELA gruñe de nuevo y avanza lenta hacia las dos mujeres.*)

LA MADRE MARTINA.— (*Habla con suavidad monjil muy estudiada y artera.*) Pues otra cosa no te sabré decir, sino que tu hombre acaba de decirme que ha comprometió en matrimonio a tu Fandanga con uno que lleva uniforme de sorche y al que dicen, por mal nombre, el Petate... (*La CARMELA levanta la cabeza asombrada.*)

LA CARMELA.— ¿Oye usted esto, madre? ¿Está usted oyendo? Aluego dirá que no me conformo con mi suerte y ando maldiciendo la tierra y el cielo con este hombre que me eché³⁶, que me está empujando a la fosa... (*La*

³⁵ Estar enterada. Argot.

³⁶ Expresión popular, muy gráfica, equivalente a «este hombre con el que estoy casada, o me acuerdo con él sin estar casada».

voz se le quiebra de dolor.) Lo que se le ocurre ahora a ese presidiario: no escuchar consejo de madre, pa entregar a la hija e mis entrañas al primer guaja que encuentra por esas tascas... (*Se mesa el cabello.*) Pero, Virgen Santa e La Paloma, ¿por qué no me llevas contigo? ¿Por qué?

LA MADRE MARTINA.— Hija, cálmate... Pues sí creí que estabas tú al tanto de lo aconteció... ¿Iba yo a venirte con cuentos si no hubiá creí que ya diquelabas en la cuistión? Así resulta que el tío Petate te busca las vueltas pa hacer de su capa un sayo³⁷, sin pasarse a mirar en los hijos de Dios. Es una señal de los tiempos bárbaros que corren. Bendita sea la madre Rafols, que ya anuncia el final de esas desgracias...

(La beata tose atragantada por el humazo de las gallineras que se quemán en la sartén.)

LA CARMELA.— ¡Ay, mi hija e mis entrañas! ¡Que quien robármela...! ¿Qué ice usted, madre?

LA AGÜELA.— (*Clavando sus ojos en la beata.*) ¿Hay parneses³⁸ por el medio?

LA MADRE MARTINA.— ¿Parneses dice usted, agüela? El novio es un melitar sin graduación, por lo que han visto estos indinos ojos. Chiste tendría que un pillo de éstos tuviá parneses, cuando no los tié ni el mismo general Veiler³⁹, al decir de los que saben...

(Angustiada, la madre salió de la cueva y volvió abrazando a una chiquilla de trece años, mugrienta, que se lleva un pirulí a la boca.)

LA CARMELA.— (*Presentando a su hija a las mujeres, forma la figura de un tapiz medieval y patético.*) Mirad, mirad y decidme si esta criatura de Dios merece que la deshojen tan temprana⁴⁰, como un capullito en flor... (*Da grandes besos a la pequeña, que se debate asustada.*) Miren si no habrán de pasar por encima e mi cadáver antes e que consienta semejante crimen...

³⁷ Ir a su avío (o lo que es igual: ir cada uno a lo que le conviene).

³⁸ Dinero.

³⁹ Capitán general del 1898 que estuvo en las guerras de Cuba y Filipinas.

⁴⁰ Expresión metafórica, muy poética, sobre el acto de perder una muchacha la virginidad.

(La beata mueve la cabeza cariacontecida, mientras la bruja permanece meditabunda.)

LA FANDANGA.— *(Debatiéndose entre los brazos de su madre.)* Déjeme ir a jugar, madre...

LA CARMELA.— *(Besándola enloquecida.)* Hija e mis entrañas... Paría con tanto dolor y miseria...

LA MADRE MARTINA.— Mujer..., que vas a asustar a la chica...

LA FANDANGA.— Güeno, madre..., que me suelte... *(La chica chupa el pirulí y mira con bobotes ojos de pepona de feria.)*

LA CARMELA.— No salgas, mi vía. Quéate aquí dentro a jugar, no sea que te vaya a coger el «sacamantecas». ¿Es que no has oído hablar del sacamantecas⁴¹?

(La CARMELA se ha dejado caer en la silla, sin dejar de sujetar a la pequeña, que gimotea.)

LA MADRE MARTINA.— Hija, pero quién sabe si tus temores va a ser infundados, ni tampoco si la Divina Providencia ha querido encaminar el caso-río pa bien...

LA CARMELA.— ¿Cómo va a ser pa bien? ¿Cómo va a hacer algo a derechas mi Petate? ¡Ay, madre mía, mi hija...! *(Al echarse las manos a los cabellos para mesárselos de nuevo, la niña escapó y se fue a cantar la «Nita y Nita».)* ¡Hija...! *(Se vuelve ahora a la bruja.)* ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos? Aconséjeme, mi madre... *(Se vuelven las dos a mirar a la vieja.)*

LA AGÜELA.— Unas hierbas malas aderezás pal que consintió eso...

LA MADRE MARTINA.— *(Persignándose.)* Ave María Purísima... Bendita madre Rafols, pon tu mano poderosa...

(La vieja, después de otro gruñido, se fue a echar una mano a las gallinejas, que se quemaban. Removiéndolas, la vieja habla sola.)

⁴¹ Personaje de la crónica de sucesos truculentos, que afirmaban secuestraba a los niños para chuparles la grasa.

LA AGÜELA.— Un zumo e beleño en el caldo y el «gori-gori» a las doce el Ángelus...

LA CARMELA.— (*Llena de fiereza.*) Capaz soy de darle a mamar esas hierbas al criminal que me ha hecho desgraciá si mantiene su palabra. ¡Por éstas!

LA MADRE MARTINA.— (*Que se vuelve a persignar.*) ¡Ay, tiempo de desgracias y bien de desgracias, que por un lao cañonean barcos y por otro nuestra honra! Así va nuestra España dando tumbos a la fosa común, aonde iremos toos a parar...

LA CARMELA.— (*Llorando inconsolable.*) Casar a mi Fandanga, a mi Fandanguita, con el primer guaja que se le ha venío a las manos. ¿Y qué pinta esta tarasca⁴² aquí, que ni consejo tie que dar pa la feliciá e su chica? ¿Es que no la parí yo? ¿Es que no tuve que apretar un pañuelo de yerbas en la boca, madre, cuando me vi en aquel trance? ¿Y pa eso tie una que sufrir y malcomer, y pedir de puerta en puerta pa las madres agustinas de Canillejas, que la enseñaban labores finas como si fua una señorita de la cae el Arenal? ¡No hay Dios! Lo que pasa es que no hay Dios...

LA MADRE MARTINA.— (*Levantándose y tapándose los oídos.*) Calla, calla mujer, que no temes al Señor... No me hagas oír esas blasfemias. (*Ele- vando los ojos al cielo.*) Señor, en reparación y desagravio: Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, vénganos el tu Reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...

LA AGÜELA.— El pan nuestro de cada día... (*Sigue en tono bisbiseante. La CARMELA sigue sollozando y mesándose los cabellos.*)

LA CARMELA.— Pus no lo voy a consentir. ¡Ea! ¡No consentiré que se lleven a la hija e mis entrañas. Pasarán antes por mi cadáver! ¿Pa qué quiero vivir, si he de ver a la hija e mis entrañas en el lupanar?

LA MADRE MARTINA.— Pero hija, ten calma y mira primero si no será la mano del Señor la que marca el camino a esa tierna ovejita...

LA CARMELA.— ¡No hay Dios...! ¡No hay Dios...!

LA MADRE MARTINA.— Ave María Purísima...

(Empezaba ya de nuevo con el rezo, cuando se levanta la cortinilla para dar paso a los tres granujas: el PETATE, el

⁴² «Tarasca», mujer grande y peleante. Sentido figurado.

PINGAJO y el SALAMANCA, *que llegan suficientemente «ajumados»⁴³ como para no percatarse de la situación. Traen botellas de vino en la mano. El tío PETATE está en medio, apoyándose en la cachava como un patriarca bíblico. Es él quien percibe en seguida a la beata.*

EL PETATE.— *(Señalando con la cachava⁴⁴ a la de los escapularios.)* ¿No sus lo dije? Ahí la tenéis... Ya vino con el cuento, la beatona. U séase⁴⁵ que no hay más que añadir... Pasar y acomodarse como queráis... *(A la CARMELA.)* ¿Aónde anda la chica? *(La CARMELA se lanza como una leona contra su hombre e intenta arañarlo.)*

LA CARMELA.— ¡Criminal, canalla, hijo e mala madre...!

(El tío PETATE, que no se mantiene muy derecho, vino a tambalearse ante la acometida de la hembra, y tienen que sujetarle los compadres. Una vez rehecho, enarbola la cachava y corre tras de la mujer, que, asustada, va a hacerse un ovillo en el rincón junto a la vieja. Ante los horrorizados ojos de los que contemplan la escena, el borracho levanta la cachava para partirle la cabeza.)

LA CARMELA.— ¡Socorro...! ¡Que me mata...! ¡Socorro...! *(Oportunamente, la bruja se interpone entre el hombre y la mujer, blandiendo la sartén llena de sebo ardiente y dispuesta a quemarle la cara al agresor.)*

LA AGÜELA.— Ahora te dejo ciego, hijo e Satanás...

(El rufián tiene que retroceder. Disfraza su impotencia con una sonrisa.)

EL PETATE.— Habráse visto la Genoveva e Brabante⁴⁶ esta... Esperarse, que ya la cogeré a solas y aprenderá la lición... Por reverencia a su anciana

⁴³ Borrachos.

⁴⁴ Véase la nota 12.

⁴⁵ Expresión vulgar equivalente a «o sea».

⁴⁶ Genoveva de Brabante, personaje melodramático de una novela de las llamadas «novelas por entregas», que se leía mucho.

madre, lo dejo pa luego... *(Mientras tanto la beata se deslizó fuera y la vieja volvió a su guiso, mascullando maldiciones... El PETATE, a los compadres, que siguen en la puerta.)* Pero pasar y a sentarse aonde podáis y no sus estéis ahí como pasmarotes. Otra cosa no tengo que ofrecer...

EL SALAMANCA.— Estás cumplío, hombre...

(El PINGAJO y el SALAMANCA se sientan donde pueden y dejan las botellas de vino en el suelo.)

EL PETATE.— Me cachis⁴⁷ en mi negra suerte con la leona esta que me eché... *(Enarbola de nuevo la cachava, y la vieja la sartén. Al punto, el uno baja la cachava y la otra vuelve al fuego la sartén.)* ¿Y aónde está la chica? La quiero ver aquí en seguía. ¿Me estáis oyendo? *(Levanta la cortinilla y llama.)* ¡Fandanga, fandanga...!

(Aparece al fin la beata, llevando de la mano a la FANDANGA.)

LA MADRE MARTINA.— Aquí ties a la chica... No grites tanto, que no semos sordos...

(El PETATE acaricia a la pequeña, que sonríe. La CARMELA, en el rincón, llora apesadumbrada, mientras la vieja sigue con su guiso.)

EL PETATE.— Ven aquí, entrañas mías. Que ya sabes que tu pae te quie más que la niña e sus ojos... ¿Y tú quies a pare?

LA FANDANGA.— Chiii...

LA MADRE MARTINA.— ¿A quién quieres más: a padre o a madre?

LA FANDANGA.— *(Sonriendo y con picardía.)* A padre...

(Suben de tono los sollozos de CARMELA. La beata va ahora a consolarla. La otra se vuelve de espaldas, rabiosa.)

⁴⁷ Expresión popular que aquí tiene un valor semántico equivalente a «contrariedad» o «coraje».

EL PETATE.— *(Llevando a su hija hasta el sorche.)* Anda, da un beso a este señor, que te quie mucho y te va a llevar con él...

LA CARMELA.— No..., no...

(La beata procura tranquilizarla.)

LA FANDANGA.— *(Mirando al PINGAJO.)* ¿Quién es?

EL PETATE.— Un señor que te quie mucho... *(El PINGAJO saca del bolsillo un pirlú y se lo ofrece sonriendo. La niña lo coge en seguida.)* ¿Cómo se dice?

LA FANDANGA.— Gracias...

EL PETATE.— Anda, ahora dale un beso. ¿No quies darle un besito?

(La niña, acuciada por su padre, da un beso en la mejilla al PINGAJO, que la planta otro. La CARMELA, al ver aquella ternura, parece calmarse un poco.)

EL PINGAJO.— Dime, ¿cómo te llamas?

LA FANDANGA.— Conchuelito Marqués, pa servil a Dios.

EL PETATE.— *(Interrumpiéndola.)* ¿Qué es eso de Conchuelito? ¿Cómo te llamas de verdad?

LA FANDANGA.— *(Sonriendo y con la boca llena.)* Fandanga... *(El padre se la come a besos. Luego le recoge el pelo con su manaza.)*

EL PETATE.— Te vamos a vestir de novia y vas a estar muy guapa, reguapa...

LA MADRE MARTINA.— ¿Es que la vas a casar por la Iglesia?

EL PETATE.— *(Soltando una ruidosa carcajada.)* Amos anda⁴⁸... ¿Qué te has creído?... Por la Vicaría e los Gatos⁴⁹, como se han jecho siempre los casorios de mi linaje... Rompiendo el puchero⁵⁰.

(La madre se persigna horrorizada. La CARMELA parece ya más calmada y se limpia las últimas lágrimas con la esquina del delantal.)

⁴⁸ Expresión popular madrileña equivalente a «vamos, anda». Semánticamente equivale a algo no creíble.

⁴⁹ Dicho popular que quiere decir casarse sin ir a la vicaría o juzgado.

⁵⁰ Costumbre gitana que se hacía después de pasar y formalizar el casamiento en la vicaría. Romper el puchero equivale a romper una vasija de barro.

LA CARMELA.— *(En voz queda, a la beata.)* Pos el chico paece fino...

LA MADRE MARTINA.— ¿Lo estás viendo? Too no van a ser desgracias...

EL PETATE.— *(Al PINGAJO.)* Pos aquí ties lo que te toca, compadre. Y delante estos testigos, que son el Salamanca y la mare Martina, te la ofrezco pa esposa pa toa la vía... Ya ves tú qué rosita temprana te llevas, compadre. Mía lo que trae el juego. Mía cómo tu habilidaz en el juego e la rana se ve compensá con estas carnes prietas y esta piel de nieve, que parece mismamente requesón fino e la sierra. Pa ti pa toa la vía. Pa que veas quién es tu compadre. El Petate. Y ahora sólo falta concretar el día del casorio. Y, entre tanto, amos a festejarlo en esta casa que lo es... Po ahí suena el rumor de una fritura o gallinejas, y vino no falta. Tos estáis convidaos. He dicho.

(La CARMELA se había levantado de su rincón y se acercó al sorche para contemplarlo. Parece no disgustarle del todo.)

LA CARMELA.— *(Al PINGAJO, mientras acoge a la niña en su regazo.)* Es tan inocente la pequeña entoavía... Anda con las monjas e Canillejas. Pero bien se ve que usté procede de buena cuna. *(Llora ahora lánguidamente.)* Lo que pasa es que una madre es una madre...

EL PETATE.— *(Con sorna.)* Genoveva e Brebante... *(Volviéndose a la vieja.)* Usté: a ver esas gallinejas... Y poéis ir poniendo los manteles...

EL SALAMANCA.— *(Que ha sacado de debajo de su blusa un frasco de aguardiente.)* Mía lo que mangué en la venta⁵¹, compadre...

EL PETATE.— ¡Ele...! Así se entra con buen pie. Tampoco tú hubiás sío mal yerno, compadre... *(Coge la botella de anís y se la muestra a la vieja.)* Anisete del que a usté le gusta, agüela...

(La vieja se relame, y con ello se derrumba la última defensa patriarcal. La CARMELA, muy diligente, prepara una mesa con cajones y la vieja da la última vuelta a las gallinejas.)

⁵¹ «Mira lo que robé».

- LA CARMELA.— *(A la beata.)* No te vayas, madre. Prueba antes las gallinejas. Pa que se te quite el sofoco... *(La MADRE MARTINA hizo un mohín y se sentó. La vieja coloca sobre la mesa improvisada la sartén de gallinejas. Al PINGAJO:)* De haberlo conocío en denantes, me hubíá ahorrao la sofoquina... Sus ojos dicen que es usté un alma güena...
- EL PETATE.— Le condecoraron en las Antillas sin disparar un tiro...
- LA CARMELA.— *(Cruzando las manos.)* Madre mía de los Dolores, si tendrá mérito...
- EL PINGAJO.— *(Modestamente.)* En el cuartel me señalan paga e sargento.
- LA CARMELA.— *(A la beata.)* Ahora comprendo que Dios es misericordioso, y yo lo negaba. Pecaora de mí, que lo negaba.

(El PETATE levanta ahora, aunque en son de broma, la cachava, y simula un golpe en la cresta de su mujer. La vieja se apodera de la botella de anís y se echa un gran lingotazo mientras se hace oscuro.)

ESTAMPA TERCERA

Zaguán del cuartel. Un CENTINELA apoyado en el fusil cabecea somnoliento. Epatarrados en un banco, dos o tres sorches de la guardia fuman, dormitan y cuentan chistes. La luz sucia de las paredes agiganta sus siluetas. En el cuerpo de guardia, el señor TENIENTE, arrellanado en la butaca, se ha quedado dormido. El sable, como un rayo de plata, cae hacia un costado. En el regazo, las hojas abiertas del novelón de Luis de Val. Sólo sus bigotes tiemblan al unísono de los ronquidos. El PINGAJO llega, arrugado, tambaleante y lleno de hipo, hasta donde están los SOLDADOS sin que el CENTINELA repare en él. Los SOLDADOS le reciben con chungu.

- SOLDADO 1.— ¡La madre que me parió! Guipar cómo viene ese gachó...
- EL PINGAJO.— *(Saludándoles con sorna.)* A las órdenes de vuecencia, mi general... ¡Plam! *(Se queda firme, tambaleante, con la mano puesta en la sien, como mandan las ordenanzas. Los SOLDADOS se desperezan, relamiéndose de gusto ante aquel entretenimiento.)*

SOLDADO 2.— *(Siguiendo la farsa.)* Baje usted la mano, coronel... ¿De qué casa de zorras viene usted a estas horas de la madrugada?

EL PINGAJO.— D' en ca⁵² mi novia, paisano general...

SOLDADO 3.— La ley que me dieron, tú... ¿Habéis oído la noticia? Que el gachó se ha echao novia... ¿Y quién es la agraciá?, si pue saberse.

EL CENTINELA.— *(Chistando a los SOLDADOS.)* ¡Chiss...! A ver si sus calláis, que han tocao silencio... *(Las voces se hacen susurrantes.)*

SOLDADO 2.— Ven acá, Pingajo... A ver, dinos: ¿Cómo asustabas a los mam-bises⁵³? Abra los brazos... ¡Ar!

PINGAJO.— Que los abra la púa e tu madre, so mamón.

SOLDADO 1.— *(Al SOLDADO 2.)* Déjale, que está ajumao...

SOLDADO 2.— Por eso... *(El SOLDADO 2 abre los brazos imitando al espantapájaros y da vueltas alrededor del PINGAJO diciendo:)* ¡Huuuhh!

(Los otros le imitan, y los tres granujas envuelven en sus revoloteos de murciélago al pobre PINGAJO, que intenta dirigirles un puñetazo sin éxito, para acabar cayéndose al suelo entre las rodillas de sus compañeros.)

EL CENTINELA.— ¡Que sus calléis..., me cagüen la leche, que me van a pelar, y sus pelo yo antes...!

(Los encara con el fusil. Los SOLDADOS se divierten con el pobre PINGAJO. Le arrancan el bonete de la chola y le dan coscorriones muy divertidos.)

SOLDADO 1.— *(Canturreando.)* Quinto levanta, tira de la manta. Quinto cabrón, tira del mantón.

SOLDADO 2.— ¡Aaayy...!

(Este chillido largo proviene del mordisco que le ha dado en el tobillo el PINGAJO. El mordido se lanza sobre el mor-

⁵² «De casa.» Expresión muy vulgar, propia de persona analfabeta.

⁵³ Guerrilleros cubanos.

dedor, y los otros le ayudan a darle de puñaladas sin respeto al brazo roto. El PINGAJO chilla. El pobre CENTINELA no sabe qué hacer, y parece dispuesto a disparar su arma. Afortunadamente, llega de improviso un SARGENTO con el uniforme arrugado, las cartucheras aplastadas y la cara boba de quien sale de un sueño. Lleva en la mano un correón doblado y casi sin abrir los ojos, ni reparar en quién da, empieza a suministrar zurriagazos a granel, mientras el CENTINELA, con un suspiro, vuelve a su puesto muy tieso. Aún tardan un rato los contendientes en sentir los escozores del cuero. Pero cuando ven ante sí al SARGENTO, se ponen firmes. Sólo queda en el suelo el PINGAJO, que se tapa la cabeza con su brazo sano para evitar los golpes que caen sobre él.)

EL SARGENTO.— ¿Otra vez tú, calamiá? ¿Otra vez tú..., Pingajo y Repingajo?

(Los otros se ríen contemplando esto. En su guarida despertó el señor TENIENTE, y acude a ver lo que sucede.)

EL TENIENTE.— ¡Eh..., sargento..., sargento...!

EL SARGENTO.— *(Cuadrándose ante el TENIENTE.)* A las órdenes de usted.

EL TENIENTE.— *(Señalando al PINGAJO.)* Tráeme a ese sujeto ahora mismo.

EL SARGENTO.— Por ahí te llaman...

(El dolorido PINGAJO se levanta, restregándose la cara, y muerto de miedo, se cuadra ante el TENIENTE, mientras los otros sonríen, divertidos.)

EL TENIENTE.— *(Al PINGAJO.)* Ven acá, pollo, que te tengo que dar un recaíto en la oreja... *(El TENIENTE coge por la oreja al PINGAJO y lo arrastra dentro. Los otros SOLDADOS se acercan con ánimos de asistir a la escena.)* ¡Fuera..., fuera de aquí...! Que no sus vea a tres leguas... Tú, *(Al SARGENTO.)* espántame las moscas y que haiga orden⁵⁴...

⁵⁴ «Que haya orden.» Revelación de la incultura del teniente.

EL SARGENTO.— A sus órdenes...

(El SARGENTO se lanza contra los otros enarbolando el zurriago y sacudiéndoles hasta llevárselos por delante.)

EL TENIENTE.— *(Que ha arrastrado al PINGAJO hasta el cuerpo de guardia, se planta en jarras ante él.)* ¿De dónde vienes a estas horas, pimpollo?

EL PINGAJO.— *(Señalando el brazo en cabestrillo y con voz llorosa.)* M'han vuelto a partir el brazo...

EL TENIENTE.— Pos ahora te voy a quebrar yo el otro, sinvergüenza, golfante... ¿A ti te parece bonito abandonarme estando de servicio pa marcharte por ahí de naja⁵⁵, como si fuas el general?

EL PINGAJO.— La culpa de too la tien las mujeres, mi tiniente...

EL TENIENTE.— *(Interesado.)* ¿Las mujeres? ¿Así que has andao de zorreo por ahí, so granuja? *(Pausa.)* ¿Y cómo estaba la prójima?

EL PINGAJO.— *(Relamiéndose.)* De rechupete, mi tiniente...

EL TENIENTE.— Pos ya me poías haber traío un peazo pa probarla, so egoísta.

EL PINGAJO.— *(Arrastrándose a esta tabla de salvación.)* Se la traigo mañana. Trece abriles, mi tiniente...

EL TENIENTE.— *(Que se ha aplacado lentamente, se sienta.)* Qué puñetero... Cuenta, cuenta...

EL PINGAJO.— Apretaíta en carnes, apretaíta, mi tiniente, que da gusto verla... Intazta, pero intazta...

EL TENIENTE.— *(Vuelve a montar en cólera.)* ¿Y no te da vergüenza suministrarle a una chavalilla así, granujón?

EL PINGAJO.— Si me la da su padre...

EL TENIENTE.— *(Asombrado.)* ¿Que te la da su...?

EL PINGAJO.— *(Con orgullo.)* Me la gané jugando a la rana...

EL TENIENTE.— *(Totalmente enfurecido.)* ¿Será trolero el tío?... Y la jumera que trae, y entoavía me toma por tonto y yo me lo voy a creer... Te voy a eslomar...

EL PINGAJO.— *(Retrocediendo.)* No... No..., que mañana la ve usté. Se lo juro por toos mis muertos... Que mañana se la traigo...

⁵⁵ Argot popular: «irse». En este contexto significa: «irse libremente».

EL TENIENTE.— Es que si mañana no me la traes, doy parte por escrito pa que t'afusilen por desertor...Mía éste...

EL PINGAJO.— Mañana la tie usted en su casa, como me llamo...

EL TENIENTE.— *(Interrumpiéndole y con sorna.)* Pingajo...

EL PINGAJO.— *(Bajando la cabeza.)* Sí, señor..., como que me llamo Pingajo.

(El TENIENTE se sonríe, relamiéndose de gusto ante aquella perspectiva. Pero al instante vuelve a enfurecerse.)

EL TENIENTE.— Pero bueno..., y eso de dejar abandonao a tu teniente too el día, ¿qué?

EL PINGAJO.— *(Suplicante.)* La culpa la ha tenío esa mujer...

EL TENIENTE.— ¿Esa mujer? Pos primero soy yo, tu superior, tu amo... Espera, que no te vas a ir de rositas⁵⁶...

EL PINGAJO.— *(Lloriqueante.)* No me pegue usted, que tengo el brazo partío...

EL TENIENTE.— No te preocupes, que no te daré en el brazo... *(Señala un lugar de la pared.)* Anda..., tráeme el código de justicia militar... ¿Me has oído? *(El PINGAJO va a la pared y descuelga el «Código de Justicia Militar», que no es otra cosa que una buena fusta.)* Amos a ver si eres tan macho aquí como con las chavalas de trece primaveras... Abajo la chola⁵⁷... *(El PINGAJO obedece y se coloca en posición, presenta sus redondas posaderas al TENIENTE.)* Amos a ver cómo suena este tambor que ya hace tiempo que no lo habíamos oído... *(Empieza a descargar los fustazos en el pompis del PINGAJO.)* Ran..., ratamplam..., ran..., rataplán..., plam..., plam..., plam..., plam... *(El PINGAJO aguanta la tunda guiñando los ojos. El TENIENTE, luego de descargar los golpes:)* Bueno..., por hoy basta... *(El PINGAJO se yergue y no puede por menos que llevarse la mano a la parte dolorida, mientras el TENIENTE sonríe y cimbrea el zurriago.)* ¿Qué..., pica?

EL PINGAJO.— *(Bromeando.)* Regular...

EL TENIENTE.— ¡Qué chulapo eres!... La otra ración te la dejo pa mañana si no me traes ese bombón...

EL PINGAJO.— Se la traigo... Por mis muertos que se la traigo...

⁵⁶ «No te vas a ir libremente, sin castigo.»

⁵⁷ En sentido popular, bajar la cabeza.

EL TENIENTE.— Júramelo...

EL PINGAJO.— Que me quede muerto aquí mismo si no se la traigo...

EL TENIENTE.— (*Que sigue amenazador, agitando la fusta.*) Es que si no me das ese gustazo, me daré yo el gusto de darle al tambor⁵⁸... ¿Estás?

EL PINGAJO.— Si, mi tiniente... Descuide usted...

EL TENIENTE.— (*Entregándole la fusta.*) Ahora vuelve a su sitio el «código de justicia militar»...

(El PINGAJO obedece de buen grado.)

EL PINGAJO.— (*Con un suspiro de satisfacción.*) Que se quede colgao pa toa la vía...

EL TENIENTE.— Ya te se ha pasao la jumera. No hay otra cosa que cure mejor que el palo. Si en los ejércitos hubiá más palo, no nos abrían zumbao los yanquis.

EL PINGAJO.— Y usted que lo diga.

EL TENIENTE.— (*Ha vuelto a sentarse. El PINGAJO, en pie delante suyo.*) Bueno; ahora prosigue... ¿Está apretaíta?

EL PINGAJO.— Mañana la rompemos el virgo entre usted y yo. (*El TENIENTE ha sacado una botella de aguardiente y se echa un trago.*)

EL TENIENTE.— (*Luego de beber y ofreciéndole al asistente.*) Anda, echa un trago, y así empalmas una con otra...

EL PINGAJO.— (*Muy chulón.*) Se agradece... (*Se echa un lingotazo.*) Qué bueno es usted...

EL TENIENTE.— (*Guiñando un ojo.*) Eso está mejor que el código... Bueno. Ahora asiéntate y amos a hablar como buenos amigos... (*El PINGAJO obedece, pero al sentarse no puede evitar un estremecimiento, que provoca la hilaridad del oficial.*) Qué delicao eres de trasero, chavea...

EL PINGAJO.— Menda es muy sensible...

EL TENIENTE.— (*Que se ha echado otro trago.*) ¿Así que mañana me traes la hembra?

EL PINGAJO.— Mañana sin falta...

EL TENIENTE.— (*Ofreciéndole el frasco.*) Bebe... (*El otro bebe.*) ¿A qué hora?

⁵⁸ «Me daré yo el gusto de darle a las posaderas.»

- EL PINGAJO.— Sus papás me la dejan pa que la lleve a su paseo por el Retiro.
Después la traigo, la subo a su cuarto y...
- EL TENIENTE.— Primero, yo...; luego, tú...
- EL PINGAJO.— Naturaza.
- EL TENIENTE.— La poems colocar de cantinera...
- EL PINGAJO.— Figurará como mi esposa...
- EL TENIENTE.— (*Incrédulo.*) ¿Te vas a casar con ella?
- EL PINGAJO.— Tendré que pedir licencia...
- EL TENIENTE.— Vaya un pájaro... Vaya un perdís que estás hecho... Anda, bebe, granuja... (*Bebe y se van animando.*)
- EL PINGAJO.— Me he comprometío a llevarla al altar por la Vicaría e los Gatos. Usté, mi tiniente, no sufra, que está en buenas manos...
- EL TENIENTE.— Tú deja que la prueba y luego pa ti toa su cochina vía... Yo con probar... En mi pueblo probé toas las mozas. Y en Camagüey, ¿t'acuerdas de las negritas?
- EL PINGAJO.— (*Riéndose.*) Ja, ja... ¿Y aquel día que se confundió?
- EL TENIENTE.— (*Amoscado.*) ¿Quién, yo? ¿Yo me confundí? Fuiste tú..., y más respeto, que ahí está el «código de justicia militar».
- EL PINGAJO.— Usté perdone y desimule. Fui yo el que se equivocó con aquel negrito...
- EL TENIENTE.— Mari...nerazo estás hecho. (*Contemplando al trasluz la botellita de aguardiente.*) Pos esto s'acabó y hay que llenarlo...
- EL PINGAJO.— Traiga usté...
- EL TENIENTE.— Quita..., ¿vas a ir tú? Llama a uno de la guardia...
- EL PINGAJO.— (*Sale y llama.*) Uno e la guardia... (*Aparece al punto un mozo somnoliento y envuelto en una manta, que al ver al PINGAJO le hace un gesto obsceno.*)
- EL TENIENTE.— (*Impaciente.*) ¿Qué pasa? ¿Viene o no viene?
- SOLDADO 2.— (*Asomándose a la puerta y saludando.*) A la orden de usté, mi tiniente...
- EL TENIENTE.— Haz lo que te mande ése...
- EL PINGAJO.— (*Muy autoritario, entregándole la botella.*) Que traigas una botella e cazalla de la mejor caliá...
- SOLDADO 2.— Está cerrá la cantina...
- EL PINGAJO.— Lo pintas...
- SOLDADO 2.— Amos, anda ya. ¿Quién eres tú?

EL PINGAJO.— Es orden del tiniente...

SOLDADO 2.— Me lo paso por...

EL TENIENTE.— (*Levantándose.*) ¿Qué pasa ahí?... Di a ése que entre... (*Ante la sonrisa maligna del PINGAJO, que ahora se toma la revancha, entra el sorche muy humilde.*)

SOLDADO 2.— Es que, mi tiniente..., que... la cantina está cerrá...

EL TENIENTE.— (*Encolerizado.*) ¿A mí qué leñe me cuentas? Haz lo que te manda. Oye, Pingajo, dale una buena patá en el culo... (*El PINGAJO obedece con todas sus ansias, y el SOLDADO 2 escapa corriendo, en una mano el frasco y con la otra protegiéndose el trasero.*) Valiente panda e golfos estáis hechos... (*Al PINGAJO.*) Anda, asíentate y cuenta... ¿A qué hora me la vas a traer?

EL PINGAJO.— Pa la anochecía...

EL TENIENTE.— (*Con maligna sonrisa.*) Yo la recibiré con un ramo de flores...

EL PINGAJO.— Parece una niña del hospicio..., pero tie unas tetitas, mi tiniente, apretaítas, apretaítas...

EL TENIENTE.— ¿Y cómo se llama?

EL PINGAJO.— La llaman la Fandanga...

EL TENIENTE.— (*Rompiendo a reír.*) Vaya pareja: el Petate y la Fandanga... Me relamo de gusto... ¿Seguro que me la traes?

EL PINGAJO.— Palabra...

EL TENIENTE.— Si no me la traes, prepárate... Te suministro una soba y te largo al calabozo... Dejas de ser mi asistente y te dejo baldao...

EL PINGAJO.— No llegará la sangre al río...

EL TENIENTE.— Estás advertió. Cualquí se confía en ti con lo marrano que eres. Estás mu mal enseñao. Te mimo demasiado... ¿Por qué no la has traío hoy?

EL PINGAJO.— Porque mañana empieza el noviazgo...

EL TENIENTE.— Me hace falta una hembrita así... Llevo demasiado tiempo viendo tu jeta na más. Y tú no eres mi tipo. (*En la puerta aparece el SOLDADO 2 con el frasco.*)

SOLDADO 2.— ¿Da su permiso?

EL TENIENTE.— Pasa...

SOLDADO 2.— A sus órdenes... La cazalla...

EL TENIENTE.— (*Agarrando la botella.*) Largándote... (*El SOLDADO 2 sale corriendo. Ansioso, el TENIENTE se echa un lingotazo y al punto escupe lo que*

bebe y se retuerce en horribles visajes. Casi no puede hablar.) Pe..., pe..., pero ¿qué porquería es éstaaaa...?

EL PINGAJO.— *(Muy asustado y cogiendo el frasco, luego de olerlo.)* ¡Madre, mía..., si esto es amoniaco...!

ESTAMPA CUARTA

Tarde primaveral en el Retiro. Barquillos, mozas y soldados. Un músico ambulante y melenudo desparrama desde su violín acordes de «La Marcha de Cádiz». En los bancos dormitan los cesantes o dejan vagar su mirada por el estanque, donde guajas y mozalbetes bogan a bordo de las barcas nuevas y recién pintadas. Algunas DAMISELAS, envueltas todavía en sus pieles, pasean lentamente, dejándose acunar por las recién leídas rimas de Verlaine. El organillo hace la competencia al violinista bohemio. Se entremezclan las notas de unos y otros formando una sintonía agreste y bullanguera. Aparece el PINGAJO llevando de la mano a la FANDANGA, que ha sido vestida pudorosamente por su madre con volantes, calcetines blancos y lazos azules en el pelo. El sorche, con el brazo en cabestrillo, torpón y palurdo, con la niña remilgada parecen la figura del asistente y la hija del oficial.

EL PINGAJO.— ¿Quiés barquillos? ¿Te gustan los barquillos, chatuja?

LA FANDANGA.— *(Haciendo un mohín con la cabeza.)* Chiii...

EL PINGAJO.— *(Haciendo una señal al BARQUILLERO.)* Eh, maestro...

EL BARQUILLERO.— *(Acercándose lentamente con el instrumento colgado a la espalda.)* ¡Barquilloooo fino...!

EL PINGAJO.— ¿A cómo va la tirá?

EL BARQUILLERO.— A perra chica, paisano.

EL PINGAJO.— ¡Ele...! ¡Viva Sierra Morena en los Madriles...!

EL BARQUILLERO.— Y tú que lo digas, chavea... *(Va a hacer mutis con su pregon.)* ¡Barquilloooo...!

EL PINGAJO.— Espera, gachó...

EL BARQUILLERO.— *(Depositando el envase en el suelo.)* ¿Vale?

EL PINGAJO.— Toma... *(Le entrega la perra chica.)* ¿Está el armatoste en condiciones?

EL BARQUILLERO.— *(Dando un giro garboso a la rueda.)* Prueba...

(Mientras el PINGAJO impulsa la rueda, el BARQUILLERO tararea un ritmo de guajiras.)

EL PINGAJO.— *(A la FANDANGA, que mira con ojos embobados la ruleta popular.)* Déjame..., primero tiro yo y luego tú... Mira cómo se hace, chata... *(Impulsa la rueda.)* Diez, pa empezar...

EL BARQUILLERO.— *(Mirando altivamente la cifra y parando en su canturreo.)* Josú...

EL PINGAJO.— *(Nueva tirada.)* Y otros diez, que hacen veinte...

EL BARQUILLERO.— ¡Arma mía...!

EL PINGAJO.— *(Otra tirada.)* Y otros diez, que hacen treinta...

(La FANDANGA salta y ríe, divertida.)

EL BARQUILLERO.— *(Al PINGAJO.)* Oye, tú, que lo paras con el codo...

EL PINGAJO.— ¿Qué paro yo?... No te... joroba...

EL BARQUILLERO.— Si te estoy guipando...

EL PINGAJO.— Amos, calla ya... *(A la FANDANGA.)* Tira tú ahora, preciosa... Despacito, despacito... *(Le coge la mano y la lleva a la ruedecilla, mientras ella salta alborozada.)*

EL BARQUILLERO.— Deja a la chiquilla sola, que ya es mayorcita...

EL PINGAJO.— La asesoro...

EL BARQUILLERO.— *(Dándole un manotazo.)* Que la dejes sola, te digo...

LA FANDANGA.— *(Dando saltitos.)* Chola, chola, chola...

EL PINGAJO.— *(Luego de hacer un gesto ofensivo al BARQUILLERO.)* Tira suavcito, maja... Que ya llevamos las treinta el ala...

(La FANDANGA tira tan suavcito que apenas se mueve la rueda.)

EL BARQUILLERO.— *(Con sorna.)* Dos...

EL PINGAJO.— *(Con chulería.)* Que con treinta hacen... *(Al BARQUILLERO.)* ¿Has ío tú a la escuela?

EL BARQUILLERO.— La mare que me echó con el sorche..., le voy a... *(Viendo que el PINGAJO vuelve a dirigir el brazo de la FANDANGA.)* Que no la

empujes el codo, te estoy diciendo... Pero ¿es que hablo el chino? Me cagüen la mar salá⁵⁹ con el guaja...

EL PINGAJO.— (*Muy ofendido a la FANDANGA.*) Déjame, maja. Ya has tirao tú una vez. Ahora tiro yo la última. No vayamos a jeringarla⁶⁰...

LA FANDANGA.— (*Iniciando una pataleta.*) No..., yo..., yo..., yo...

(*El PINGAJO no le hace caso. Tira de nuevo y saca otros diez.*)

EL PINGAJO.— (*Al BARQUILLERO.*) Ahí ties otros diez..., pa que te chinches..., y con limpieza... Calla, niña...

EL BARQUILLERO.— Qué lástima que no te hubián roto el otro brazo, gachó...

EL PINGAJO.— A callar y a apoquinar⁶¹, que son cuarenta y dos aquí y en mi pueblo.

EL BARQUILLERO.— (*De mala gana va sacando los barquillos y enlazándolos unos con otros hasta formar varias torres, ante los ojos atónitos de la FANDANGA.*) Pos le va a dar a la chavala un cólico barquillero como se zampe too esto...

EL PINGAJO.— Tú calla y apoquina... (*A la FANDANGA.*) Mía lo que hemos ganao, Fandanguilla...

LA FANDANGA.— (*Dando saltitos.*) ¡Olé, olé, olé...!

EL BARQUILLERO.— (*Entregándole las torres de barquillos.*) Ya verás; como tu señorito se entere por un casual de que emborrachas a la niña de barquillos, los coscorrónes que te vas a llevar...

EL PINGAJO.— (*Cogiendo las torres de barquillos.*) A ver si te vas a llevar tú uno antes de tiempo...

EL BARQUILLERO.— (*Agresivo.*) Vas a dar tú...

EL PINGAJO.— (*Tirando de la niña.*) Abur...

EL BARQUILLERO.— (*Muy chulón.*) No te... joroba... (*Reaccionando con admiración.*) Vaya mano fina que tie el gachó⁶²... (*Se echa la barquillera a la espalda y sale pregonando:*) ¡Barquilloooo finoooo...!

⁵⁹ Expresión popular que semánticamente expresa coraje: «Me cago en la mar salá».

⁶⁰ Argot: «perder, estropear la fortuna».

⁶¹ Argot: «pagar».

⁶² Semánticamente equivale a «la suerte del Pingajo».

(Muy contentos, el PINGAJO y la FANDANGA se apoyan en el barandal para contemplar las barcas, mientras comen los barquillos.)

EL PINGAJO.— A ver si te van a hacer daño...

LA FANDANGA.— *(Comiendo vorazmente.)* No, no... Más, más... Dame más...

EL PINGAJO.— Toma..., pero que no te hagan daño... Están ricos, ¿eh?

LA FANDANGA.— *(Mirando la torre de barquillos que sostiene el otro.)* ¡Huy..., cuántos...!

EL PINGAJO.— Muchos, muchos... ¿Tú sabes contar?

LA FANDANGA.— *(Luego de un signo afirmativo y en tono cantarín, como en el colegio:)* Diez..., veinte..., treinta..., cuarenta...

EL PINGAJO.— *(Interrumpiéndola.)* Mira, mira las barquitas... ¿Quieres que montemos?

LA FANDANGA.— *(Luego de mirar.)* No.

EL PINGAJO.— ¿Por qué?

LA FANDANGA.— Me da mieo.

EL PINGAJO.— Cobardita..., cobardita..., cobardita...

(La chicuela se retuerce de risa.)

LA FANDANGA.— No me hagas cosquillas...

EL PINGAJO.— Dime, oye: ¿verdá que ya no ties miedo de mí?

LA FANDANGA.— No... Dame un bechito...

(El PINGAJO está a punto de besarla en la boca, pero, como la tiene llena, le da un beso en el carrillote.)

EL PINGAJO.— Ahora un «bechito» tú a mí... *(Ella acerca su boca, repleta de barquillos, y le besa.)* ¡Ay, que me muerdes...! *(Ella se ríe, permanecen un rato apoyados en el barandal y de pronto se le ensombrece la vista.)* ¿Qué te gusta más, ir al «cole» o salir de paseo con tu novio? *(La chica parece dudar, se sonroja.)* Anda, di...

LA FANDANGA.— Salir de paseo.

EL PINGAJO.— Oye, ¿quieres venir conmigo a mi cuartel? Veremos a los soldaditos de verdad. ¿Vas a venir luego?

- LA FANDANGA.– (*Palmoteando.*) Chi, chi, chi...
- EL PINGAJO.– Ya verás, ya verás... Veremos los soldaditos, oiremos tocar la trompeta...
- LA FANDANGA.– (*Entusiasmada.*) Chi, chi, chi... Amos, amos...
- EL PINGAJO.– No, entoavía no... Luego, luego...
- LA FANDANGA.– (*Lloriqueando.*) No, ahora. Yo quiero ahora...
- EL PINGAJO.– Luego, chiquilla, luego... Ya verás, hay un señor general que te quiere mucho y que te dará «caramelos»...
- LA FANDANGA.– Yo quiero ir...
- EL PINGAJO.– Bueno, ahora vamos... Pero, mira, primero jámate esos barquillos.
- LA FANDANGA.– No quiero más...
- EL PINGAJO.– Los guardaremos pa luego... (*Estruja los barquillos y se los guarda en el bolsillo de la guerrera.*)
- LA FANDANGA.– (*Lloriqueante.*) Yo quiero ir a ver los soldaditos...
- EL PINGAJO.– Ahora, ahora vamos...Mira, ¿quies un molinillo? (*Para aplacar a la criatura se acerca al hombre de los molinillos. Le compra uno y se lo entrega a la FANDANGA, que parece aplacarse mientras sopla el molinillo. Limpiándose el sudor de la frente.*) Amos a descansar un poquitín en ese banco y luego nos marcharemos al cuartel, a ver a un señor y a los demás soldaditos...

(La FANDANGA, entretenida con el molinillo, sigue al PINGAJO, se sientan en un banco, donde hay DOS CESANTES que dormitan y conversan alternativamente. El PINGAJO mira ceñudo al horizonte, como si le asaltara una enorme preocupación. La pequeña sopla el molinillo y ríe.)

- CESANTE 1.– ¡Pobre España!, ¡pobre...! (*Pausa larga.*) ¡Pobre España!, ¡pobre!...
- CESANTE 2.– (*Gritando a la oreja del CESANTE 1.*) ¿Ha ido usted a ver la «Marcha de Cádiz»?
- CESANTE 1.– (*Moviendo afirmativamente la cabeza.*) Eso, eso estaba diciendo, que ¡pobre España..., pobre! (*El CESANTE 2 mueve la cabeza, impotente, y se queda otra vez dormido.*) ¡Pobre y bien pobre...!

(El PINGAJO se ha puesto a palpar los muslos de la FANDANGA, lo que provoca la risa de ésta.)

EL PINGAJO.— *(Mientras palpa.)* Estás mu gordita..., mu gordita...

LA FANDANGA.— Que me estás haciendo cosquillas...

EL PINGAJO.— ¿Sí?

LA FANDANGA.— Chi, chi... *(Sopla el molinillo de papel.)*

(El PINGAJO vuelve a su mutismo, observa la inocencia de la FANDANGA y se da una palmada en la frente.)

EL PINGAJO.— ... ¡Maldita sea mi negra suerte...! *(El CESANTE 2 hace un rato que contempla los «manejos» del PINGAJO y no pierde ojo; incluso da con el codo a su compañero.)* ¿Sabes que te vamos a vestir de novia?

LA FANDANGA.— ¿A mí?

EL PINGAJO.— Sí...

LA FANDANGA.— Qué bonito... Yo quiero, yo quiero...

EL PINGAJO.— Claro, porque eres mi novia y te vas a casar conmigo...

LA FANDANGA.— *(Entusiasmada.)* Chi, chi... Amos a jugar a eso...

EL PINGAJO.— ¿A jugar?... ¡Já...! Menúo juego...

LA FANDANGA.— Con un velo muy largo..., como la reina.

EL PINGAJO.— Como la reina... Vas a estar reguapa, reguapa... Luego te vienes conmigo y...

LA FANDANGA.— Y nos vamos de paseo... Toos los días de paseo...

EL PINGAJO.— Toos los días venimos aquí a jugar a los barquillos...

LA FANDANGA.— *(Dando palmadas.)* Ole, ole... *(Pausa. El PINGAJO observa a la chica y se rasca la cabezota.)*

EL PINGAJO.— *(Para sí.)* En la que me he metío sin darme cuenta... *(En la tarde, amositada, se oye un coro de niñas que canta aquello de «Viva la reina Isabel».)* Güena la he hecho..., güena. ¿Y qué hago yo ahora?

LA FANDANGA.— ¿Nos amos al cuartel? Yo quiero ver los soldaítos...

EL PINGAJO.— No hay cuartel..., cállate ya... Anda, ¿por qué no te vas a jugar con esas niñas?

LA FANDANGA.— Porque ya soy mayor. Yo lo que quiero es ir al cuartel... *(Lloriqueando.)* Yo quiero ir al cuartel.

EL PINGAJO.— ¿Te vas a callar? ¿Quiés que nos vayamos y se lo diga a tu padre pa que te zumbe?

LA FANDANGA.— *(Callando su lloro.)* ¿Qué?

EL PINGAJO.— Si no te callas, se lo diré a tu padre. ¿Te zumba tu padre?

LA FANDANGA.— Chiiii..

EL PINGAJO.— Pues eso...

LA FANDANGA.— Y a ti, ¿te zumba tu padre?

EL PINGAJO.— (*Ceñudo.*) No, porque ya soy mayor... (*Baja la cabeza apesadumbrado.*)

LA FANDANGA.— (*Luego de una breve pausa, vuelve a la rabieta.*) ¡Yo quiero ir al cuartel! ¡Yo quiero ir al cuartel!

EL PINGAJO.— (*Enfadado.*) Que te he dicho que no..., que no vamos al cuartel... Ya no vamos al cuartel... Ni hoy, ni nunca. Por caprichosa... Ea, no te llevo al cuartel. Que no te llevo...

LA FANDANGA.— (*Le mira un poco asombrada y luego redobla su lloriqueo.*) Pos si habías dicho que íbamos al cuartel, a ver los soldaítoos... (*Llora.*)

EL PINGAJO.— Mecachis en... ¿Te vas a callar ya? Niña caprichosa..., antojadiza...

LA FANDANGA.— (*Con rabia.*) No... Yo quiero ir al cuartel...

EL PINGAJO.— (*Fuera de sí.*) Te voy a dar una que te voy a eslomar, como sigas así... Te he dicho que no te llevo...

LA FANDANGA.— (*Dándole puntapiés y puñadas.*) ¡Mentiroso..., mentiroso..., feo..., feo..., malo..., uuuuu! (*Le saca dos palmos de lengua.*)

EL PINGAJO.— (*Cogiéndola del brazo y sacudiéndola.*) ¿Te quies estar quieta?... ¿Te quies callar? ¿Te callas? ¿Quies que te sacúa⁶⁴? Que ahora el que manda soy yo, ¿eh? Que te zumbo... Que nos vamos pa casa... ¡Hale, a casa con tu madre...! Y caliente, además... (*Al decir esto le arrea dos azotazos en el trasero y la empuja delante de él. Salen. Los gritos de la FANDANGA se oyen en la Puerta de Alcalá. Los CESANTES, que han observado con mucha atención la escena, los miran alejarse.*)

CESANTE 2.— (*A gritos en la oreja del otro.*) ¿Ha visto usté? Yo no sé cómo dejan a los chicos en manos de los asistentes. Primero, la mete mano, porque la ha metido mano, que yo lo he visto... Luego, la pega...; los padres estarán tan tranquilos en el teatro. Con tal de quitarse preocupaciones... ¿Ha visto usté?...

CESANTE 1.— (*Afirmando con la cabeza.*) Lo que yo digo; ¡pobre España..., pobre España...! (*El CESANTE 2 resopla y vuelve a quedarse dormido.*) ¡Pobre y bien pobre...!

⁶⁴ Castigar, en sentido de golpear.

(En la atardecida, el organillo desgrana un pasodoble. Los remos chapotean en el estanque. Se oye el rumor de los pasos en el florido arenal.)

ESTAMPA QUINTA

Calleja céntrica y de poco tránsito, situada tras la elegante calle de Alcalá. Lugar de citas de tapadillo por donde circulan pausadamente cerrados coches simones. Dos GUAJAS DE GORRILLA secretean pegados al quicio del portal.

EL PETATE.— Amos a ver quién es el Pingajo. Su bautismo e fuego. Y que ya no pue tardar, si las cosas salen a derechas... ¿Tú ties too el material en orden?

EL SALAMANCA.— Too a punto, compadre... Los pañuelos, los cordeles, la herramienta, por si viene el caso... Todo a punto, compadre...

EL PETATE.— Güena se presenta la noche... Y primavera que está. *(A una dama que pasa esquivando el piropo.)* Y vaya plata que tie la noche *(Volviéndose al SALAMANCA.)* Pos como te estaba diciendo: la cosa está que ni pintá. El portero e la salía escape cegao con el parné que tú me suministraste ayer...

EL SALAMANCA.— No me hables, compadre e mi alma. Ca vez que pienso en los apuros que pasé pa aquella sustración. Figúrate el tranvía así..., *(Aprieta los dedos.)* y un guindilla pegao a mi espalda, que mismamente paecía un siamés, y la tía apretando el bolso en los pechos. Que se necesita haber nació en Valladolid y haber aprendió bien el oficio pa hacerse con aquel bolso. Pero lo que no consiga el Salamanca.

EL PETATE.— Y yo no te he negao el mérito, compadre, y bien sabes que si la suerte hubiá fallao a tu favor, el novio en estas bodas ibas a ser tú, que yo bien te aprecio...

EL SALAMANCA.— Si de eso estoy al cabo de la calle... Pero que también tie su guasa que pa celebrar una boda te se haya metío en la chola limpiar na menos que el casino más aristocrático e los madriles...

EL PETATE.— ¡Chssss! Queo..., que vie un guindis⁶⁵...

(Se acerca el GUINDILLA, que se limita a mirarles con el rabillo del ojo.)

EL SALAMANCA.— *(Fingiendo.)* Que está mu remaja la noche, pero mu remaja... Gusto da llenar los pulmones con este aire de abril, que parece de Sevilla... *(Saludando al GUARDIA.)* Con Dios, señor guardia... *(El GUARDIA se aleja.)*

EL PETATE.— *(Con un suspiro.)* Ya pasó... No vendría mal una copa e cazalla. Si no fua porque no conviene que lo guipen a uno ahora. Pero mañana será otro día... Y este gachó que se retrasa. Pa chasco sería que hubiá tenió un tropiezo a última hora... ¡Dita sea la⁶⁶...!

EL SALAMANCA.— No seas agorero, compadre...

EL PETATE.— Es que el Petate en estos históricos momentos es más importante respective a nosotros que el mismo Lagartijo, *(Se quita la gorrilla.)* o que Cánovas...

EL SALAMANCA.— ¿Pos tan difícil se presenta la operación?

EL PETATE.— Quia..., juego e chavales. Total: birlar⁶⁷ el uniforme de un tiniente, cosa que, pa quien tie la llave del cuarto y conoce las entrás y salías del propietario, no tie vuelta de hoja. Pero como el Pingajo está ahora desertao, dende el día que su señorito el tiniente le arrimó una tollina e bandera⁶⁸...

EL SALAMANCA.— ¿Que lo zumbó el tiniente? Y yo que no sabía na...

EL PETATE.— Ni yo. Ni tampoco me lo había dicho el interfecto, sino que nos vino iciendo que ya no quería servir a nadie y que había optao por la deserción; pero de lo que no se entere el Petate... La verdad es que, la otra noche, el tiniente zumbó al Pingajo de moo y manera que lo debió dejar las asentaderas como las de la mona el Retiro...

EL SALAMANCA.— ¿Y too por qué?

⁶⁵ Argot popular: «guardia».

⁶⁶ Expresión de contrariedad, con la forma contracta de «dita» equivalente a «maltrecha».

⁶⁷ Robar.

⁶⁸ Argot popular: «paliza grande».

- EL PETATE.— ¿Por qué? Caprichos... Que había tomao cuatro copas e más... Ties ca pregunta, gachó. Como si fua pecao el beber. Ya se sabe, por cualquier cosa te dan en la cresta...
- EL SALAMANCA.— Es verdad. Too es cuestión de mala suerte. A menda también le han calentao cuando menos lo merecía y entodavía me escuecen los verdugones que me hicieron el mes pasao en la Delega por piropear a una marmota⁶⁹...
- EL PETATE.— ¿Por piropear a una marmota? Anda ya, Salamanca, que too se sabe. Por piropearla y «piropearla» el bolso, que too se sabe. (*Deteniéndose de pronto.*) ¡Chiss!, queo..., que paece que viene un pez gordo...

(Asustados, los guajas se estrechan en el quicio de la puerta, cuando aparece un rutilante teniente de húsares en traje de gala; lleva el brazo en cabestrillo, el rostro ladeado, muy chulón, pica las espuelas con garbo y señorío militar. Es el PINGAJO.)

- EL PINGAJO.— (*Plantándose ante ellos.*) Caballeros..., hagan el favor de acompañarme a la Delegación pa una pequeña diligencia...

(Los tres sueltan la risa.)

- EL PETATE.— (*Admirándole.*) ¡Gachó con el tío...! El susto que nos ha dao..., y mía que me lo esperaba porque sabía que tenía que presentarse así... Pos si le sentará bien el uniforme que lo he tomao mismamente por un melitar de graduación...
- EL SALAMANCA.— ¡Mi madre!, y cómo te sienta el uniforme...
- EL PINGAJO.— (*Dándose la vuelta para que los otros le contemplen maravillados.*) Me han saludao toos los quintos. Y en el tranvía me han ceío el asiento. Me han tomao por un herío glorioso...
- EL PETATE.— Y herío glorioso eres...
- EL PINGAJO.— Y cuando iba de sorche pelao con el brazo en garabitas⁷⁰, nadie se apercibía... Lo que no haga el uniforme...

⁶⁹ Criada de servicio.

⁷⁰ Vulgarismo: de engarabitar, encorbar.

EL PETATE.— Pero cómo estás, chavea... Si has nació pa eso, pa mandar... Ties que hacerte un retrato. Mañana, que tenemos posibles, nos acercamos a Campúa⁷¹ pa que te retrate como a los infantes de sangre... Tú has nació pa picar alto. ¿Que no?

EL SALAMANCA.— Había que verlo pa creerlo...

EL PINGAJO.— Con deciros que me parece que lo he llevao toa la vía. Y que me sienta como propio...

EL PETATE.— Ni hecho a media...

EL SALAMANCA.— Güeno... Ahora amos a empezar la operación...

EL PINGAJO.— (*Autoritario.*) Que el tiempo apremia... A ver si las cosas salen como es debío y no hay precipitaciones... ¿Estamos? (*Los otros escuchan respetuosos.*) Ahora yo entro en la puerta principal y sus preparo el terreno. Vosotros esperáis junto a la puerta trasera... En cuanti que yo suelte este silbío. (*Silba.*) Así..., ¿eh?... así. (*Vuelve a silbar.*) Entonces entráis y al avío...

EL PETATE.— Que sí... Que ya está too eso metío en la chola...

EL SALAMANCA.— Hablar más queo, que me paece que se oyen pasos...

(*Escuchan con algún miedo los tres.*)

EL PETATE.— (*Al SALAMANCA.*) A ver si te va a dar canguelitis⁷² a ti ahora...

EL SALAMANCA.— Paecía que...

EL PINGAJO.— Güeno... Yo me acerco pa allá. Los puntos ya deben ir de retirá... Detrás, vosotros... Y suerte... ¡Abur!

EL PETATE.— (*Saludándose militarmente.*) A las órdenes e vuecencia... (*Los dos contemplan el paso jacarandoso del PINGAJO, que se aleja.*) Y cómo se mueve, con qué soltura... Si nació pa eso. Y la vía le desvió...

EL SALAMANCA.— (*Persignándose.*) Que Dios nos asista...

EL PETATE.— (*Ídem.*) Y la Virgen Santísima, Amén...

(*Salen silenciosos y acechantes.*)

(*Oscuro.*)

⁷¹ Famoso fotógrafo madrileño que se dedicaba a retratar a personajes principales y a los reyes.

⁷² Miedo.

ESTAMPA SEXTA

En el departamento de la caja fuerte del Casino, los empleados van formando fajos de billetes, luego de contarlos deprisa con cara de sueño y ganas de marcharse a casa. Hay una luz verdosa de gatillo. Los hombres están en mangas de camisa y trabajan de manera mecánica, sin dar importancia al asunto. Procedente de la sala de juego llega un TENIENTE de húsares en traje de gala.

EMPLEADO 1.— *(Señalando hacia fuera.)* Es a mano izquierda mi teniente. La tercera puerta...

EL PINGAJO.— *(Se finge un poco borracho.)* ¿Qué puerta dices?

EMPLEADO 1.— La tercera de la izquierda. Saliendo a mano izquierda. No tiene pérdida, oficial.

(El PINGAJO, al verse tratado con aquella deferencia, se complace en prolongar su papel de ilustre militar.)

EL PINGAJO.— Gracias, caballeros... Es la primera vez que pongo los pies en este casino. Acabo de llegar repatriado. Después de aquella campaña, uno no acaba de hacerse a estos refinamientos.

EMPLEADO 2.— *(Mientras cuenta los billetes.)* Buena nos la han jugao los yanquis.

EMPLEADO 3.— ¿Procede usted de la Habana?

EL PINGAJO.— De allí mismo vengo...

EMPLEADO 3.— Entonces, tal vez conocería por un casual al comandante Menacho⁷³, uno que mandaba el fortín...

EL PINGAJO.— Creo recordarlo. Barba así..., ¿entrecana?

EMPLEADO 3.— El mismo. Es pariente de mi mujer. ¿Está con vida?

EL PINGAJO.— Cualquiera sabe. Ojalá se lo pudiera atestiguar. Después del desastre, cada cual se fue por su lao... Yo estaba en el hospital. He hice cargo de aquello. Les hicimos frente... Pero me ordenaron la retirada. Si por nosotros hubiá sío... Pero quien manda, manda... Ahora, con propo-

⁷³ Personaje imaginario.

nerme pa la Medalla Individual estoy pegao. ¡Maldita sea la estampa de los politicascros...!

EMPLEADO 1.— Y usted que lo diga, mi teniente.

EL PINGAJO.— (*Señalando los montones de billetes.*) Y mientras tanto me deben toos los pluses de campaña. Cuando aquí se tira el dinero. Ustedes son testigos...

EMPLEADO 1.— (*Con un resoplido.*) Está usted diciendo verdades como un templo.

EL PINGAJO.— (*Con cierta exaltación.*) Pero no pasará mucho tiempo sin que el honor del Ejército resplandezca...

EMPLEADO 2.— La política, la política...

EMPLEADO 1.— Ya ve usté... Unos servidores manejando el dinero del vicio y con una paga de treinta reales. Mantenga usté mujer y tres hijos... Dice usté bien, mi teniente; arrastraos tenían que ir todos... Si no nos salva el Ejército, no sé quién nos va a salvar...

EL PINGAJO.— (*Que se va acercando a la mesa y manosea los billetes.*) El Ejército es el único que puede poner fin a tanto latrocinio. Y lo pondrá, señores. ¡Ah!, no lo duden un momento... Se está fraguando una..., se está fraguando una más gorda... (*Al decir esto entona el silbido que antes había marcado a los dos guajas.*) Ya verán la que se va a armar... (*Por una puerta contigua a la caja fuerte entran, con el rostro tapado con un pañuelo, el SALAMANCA y el PETATE, que avanzan cautelosos tras los funcionarios. En este punto, el PINGAJO saca un pistolón y los encañona.*) De momento aquí se acabó el vicio. Hacerse la cuenta, que el golpe militar ha estallao. (*Los empleados quedan tiesos y asombrados. Por detrás, los granujas les echan una mordaza en la boca y luego les atan las manos por detrás con cordeles. El PINGAJO cierra la puerta que comunica con el salón y se frota las manos. Al SALAMANCA y al PETATE.*) Ajajá... Poner a los tres en el rincón... Así... (*Llevar a los tres empleados al rincón.*) Lo siento, señores. Me debían los pluses de campaña. Con el permiso de ustés, me los cobro. (*Empieza a guardarse fajos de billetes en los bolsillos de la guerrera, ante los ojos atónitos de los tres funcionarios.*) Y vosotros (*A sus compinches.*) ir recogiendo lo de dentro. (*Los cómplices van guardando en un saco los billetes de la caja fuerte; el PINGAJO sigue, por su parte, atiborrándose los bolsillos.*) Pues sí, señores. Las cosas no puen seguir como están. Habrá que poner una

dictadura, pero una dictadura fetén, ya habrá quien la imponga pa acabar con tanto ratero, tanto desaprensivo como circula por estos madriles. Ca vez que me acuerdo de lo morás⁷⁴ que la pasábamos en aquella manigua y aquí too eran francachelas. Dita sea la... Se tie que acabar y se acabará...

EL PETATE.— Sin noveá...

EL PINGAJO.— Pues vamos... *(Antes de salir, dirigiéndose a los empleados.)*
Y lo dicho, señores... El Ejército dejará a salvo su honor. No lo duden...
(Saluda con una leve inclinación de cabeza y sale muy erguido y marcial, seguido de sus compinches.) *(Oscuro.)*

ESTAMPA SÉPTIMA

La misma decoración de la primera estampa. Jubilosa mañana primaveral. El lugar está engalanado con cadenetas y flores de papel según el arte popular madrileño. Se masca el humo de la fritanga de churros. Frente a la Venta del Tuerto hay colocada una larga mesa capaz de servir a buen número de comensales. Se ve entrar y salir de la venta a algunos MARMITONES⁷⁵ con grandes paellas; en un rincón, amontonados, grandes pellejos de vino. Parece como si la verbena de San Isidro hubiese trasladado sus reales desde la Pradera del Corregidor a aquellos andurriales de la miseria. Se oye música de organillos que desparraman músicas zarzueleras y pasodobles. Pandas de niños berrean canciones alusivas a la fiesta. Es como si aquel fabuloso Camacho de las bodas hubiese descendido de las tierras manchegas a convidar a la gente humilde de los madriles.

CORO DE NIÑOS.— *(Utilizan como instrumentos musicales ralladores, almicerés y cacerolas.)*

De bellotas y cascajo
se va a armar la bullaranga,

⁷⁴ Pasarlo mal.

⁷⁵ Pinches de cocina.

que se casa el tío Pingajo
con su novia la Fandanga.

La madrina será la Cibeles,
el padrino, el Viaducto será,
los asilos del Pardo, testigos,
y la iglesia, la Puert'Alcalá.

EL TUERTO.— *(Tapándose los oídos para no escuchar la algarabía y palmo-teando a sus ayudantes.)* Amos, vivo, vivo..., que nos va a coger el toro... *(A los MARMITONES.)* Tú, aviva el fuego con ramas de pino. Tú, cuida que el caldo no se consuma... ¿Y quién trasvasa el vino? Naide... Claro, naide... Tú, ¿qué miras ahí, bobo? *(Le da un puntapié en el trasero y el agredido se cuela de rondón en la venta.)* Que nos coge el toro..., y cuando yo digo que nos coge el toro...

(En un rincón, LA VIEJA DE LOS ESCAPULARIOS se hace cruces ante aquella barahúnda y pega la hebra con una comadre que espera la limosna del banquete.)

LA MADRE MARTINA.— Jesús, Jesús, qué desenfreno... Qué bodorrio⁷⁶... Se necesita, amos que no me diga usted... Casarse por la Vicaría los Gatos. Rompiendo el puchero como si fuan gitanos... Claro que cualquiá sabe lo que son...

COMADRE.— No diga eso. Pa mí, como si fuan mismamente príncipes de la sangre. Más que los reyes de España son. ¿Cuándo se ha acordado la realeza de los pobres? ¿Cuándo? Yo estoy emocioná...

LA MADRE MARTINA.— Vosotros, en rellenándoos la andorga⁷⁷, os importa poco que se contradiga la ley de Dios... Ay, venerada madre Rafols, cuándo será el día que...

COMADRE.— *(Exaltada.)* Vino y paella pa too el barrio... ¿Y de regalos?, ¡huy, de regalos! A la Carasucia le han regalao un espejo que fue de la propia reina Isabel. Y a la Carmela, un costurero con diamantes que misma-

⁷⁶ Boda extraña y desigual.

⁷⁷ Argot: «vientre».

mente parecen estrellas de verdad... ¡Madre mía! Si parece que se han traído too el dinero de las Américas. Qué lujo...

LA MADRE MARTINA.— Pos si vieras lo mal que me huele a mí too esto. Mu mal me huele... Máxime cuando se rumorean ciertas cosas. Vaya usté a saber de aónde habrán sacao too ese dinero. Más vale no pensarlo, conociéndoles como se les conoce...

COMADRE.— A mí, plim... Menda se piensa hartar de paella y empinar el codo. Un día es un día, pa sacar el estómago de mal año. Di lo que quieras; pero a mí, plim...

LA MADRE MARTINA.— Oye, ¿y por qué no vas a echar una mirá a la cirimonia?

COMADRE.— Ya he estao. Pero me he venío pa acá corriendo y coger un buen sitio. Luego, cuando vengan las fieras, cualquíá se aproxima a la mesa. Y una tie ya muchos años pa andar a brazo partío con la gente...

LA MADRE MARTINA.— (*Muy cotillona.*) ¿Y qué has visto? ¿Qué has visto?

COMADRE.— ¿Y por qué no vas a verlo tú misma? Si es ahí en el barranco, a dos pasos...

LA MADRE MARTINA.— (*Ofendida.*) ¿Yo? ¿Te crees que yo voy a ir a una cirimonia impía? No quiero condenarme. Estoy confesada...

COMADRE.— Allá tú...

LA MADRE MARTINA.— Lo que es una indina servidora, si en su mano estuviera, pondría fin a ese escándalo. ¿Es que ya no hay temor de Dios? (*Afirmando categórica.*) Que no hay ley de Dios. (*Transición.*) ¿Y la novia irá mu guapa?

COMADRE.— (*Entornando los ojos.*) ¡Uh...!

LA MADRE MARTINA.— ¿Y es verdá que el novio va vestío de tiniente de húsares?

COMADRE.— ¡Uuh...!

LA MADRE MARTINA.— Y dicen también que la Carmela lleva un mantón de la China que vale más de cien mil reales y pendientes de brillantes...

COMADRE.— Qué sé yo...

LA MADRE MARTINA.— Y dicen también que va a venir a la boda, güeno, al bodorrio, el mismo maestro Mazantini...

COMADRE.— Pue...

LA MADRE MARTINA.— Cuentan y no acaban... Fíjate que, quitando algunos chiquillos, too el mundo está allí... ¡Qué escándalo, qué escándalo!... Luego dicen del señorío. Ya quisían éstos tener las buenas formas del señorío... Lo que es una serviora en cuanti que se planten aquí me voy pa la iglesia a hacer un acto de reparación de gracias...

COMADRE.— Tú te lo pierdes. La paella, el lechazo, las natillas, los pasteles, las pelaíllas y el tintorro... ¡Ay, madre mía! Me se hace la boca agua. De aquí no me muevo. En cuanti que toquen a rancho, ¡pum! Ahí ties a la Gavina metiendo el morro en la paellera.

LA MADRE MARTINA.— Pues yo voy a ayunar en reparación...

COMADRE.— Tú te lo pierdes...

LA MADRE MARTINA.— Lo ganaré en el cielo. Lo dice el Evangelio: el que pierde, gana...

COMADRE.— (*Sorbiendo chulapona por la nariz.*) Sí..., pa tu agüela, que aquí no cuea...

LA MADRE MARTINA.— Y no quiera Dios que too se termine como el rosario de la Aurora...

COMADRE.— Dempués de llenar la andorga, venga el deluvio...

LA MADRE MARTINA.— Porque no sé si sabrás que los papeles traen una noticia. ¿No lo sabes? Pues que antié asaltaron la caja fuerte del Casino los Madriles... No quiero pensar mal...

COMADRE.— A mí, plim...

LA MADRE MARTINA.— Luego no vengas diciendo que no te aviso... Enterá estás...

COMADRE.— ¡Pos vaya una monserga que me estás dando...! Pos si lo sé, me quedo allí... Menúa lata...

LA MADRE MARTINA.— Jesús, y qué trabaos están los tiempos... (*Se levanta enfadada y va a figonear los preparativos del TUERTO. Al TUERTO.*) Vaya un convite...

EL TUERTO.— (*Apartándola.*) Deja, no me marees, que tengo mucho trabajo...

LA MADRE MARTINA.— ¿Y quién paga el gasto, compadre?

EL TUERTO.— Tu tía la del pueblo, comadre...

LA MADRE MARTINA.— ¿Y no estás diquelao⁷⁸ de lo del atraco? Cómo se han cubierto el riñón estos granujas...

EL TUERTO.— Gente de cerebro... Que los echen un galgo. (*A un MOZO.*) Que no se vierta el vino, que hay demasiaos gznates sedientes pa que se lo chupe la cochina tierra...

LA MADRE MARTINA.— Yo lo que digo es que cómo van a pagar too esto...

EL TUERTO.— Con dineros y palabras...

⁷⁸ Enterado, informado.

LA MADRE MARTINA.— ¡Qué despilfarro! Habiendo tanto asilo necesitao y tantas monjitas que no puen llevar una cuchará de sopa a sus acogíos... Dios no lo tenía que consentir. No conocen a Dios; si lo conocieran... Bondá infinita; pero librémonos de su ira...

EL TUERTO.— *(Dándole un empujón.)* Anda, vete con tus monsergas a otra parte y déjanos tranquilos...

LA MADRE MARTINA.— Sí, sí... ¡Ojalá no tengas que venir muy pronto diciendo: madre, y qué razón llevabas...! *(Se oye un rumor de gente.)* ¡Huy!, sí; me voy, porque ya está aquí toa esa patulea...

(Se escabulle la beata cuando entra una tropilla de chavales haciendo cabriolas y cantando aquello de «Las bellotas y el cascajo». La chiquillería llega a tiempo de rodear a la beata, que consigue salir con trabajos. A continuación, llega el cortejo de la boda; mujeres ataviadas con pañuelos de Manila y las greñas brillantes de aceites, con flores en la cabeza; los hombres, con camisas limpísimas y pantalones ajustados con faja de seda y tocados con aceite andaluz. El novio viste traje de húsares en gran gala. La novia, materialmente cubierta de alhajas y entre organdíes blancos, que «mismamente» parece una pepona de feria ataviada a la oriental. La madre de la novia va también deslumbrante, así como el padre, el PETATE, que lleva chistera y todo. Se advierte en seguida que el deseo recóndito que cada cual tenía respecto a la indumentaria lo ha satisfecho a capricho. Hay moza que lleva un mantón de Manila deslumbrante y alpargatas. Arman un tremendo alboroto de «vivas y olés». La vieja comadre salta en seguida a la mesa y ocupa un lugar estratégico para no perderse ni una migaja. Nada más entrar en escena, se colocan todos en corro y palmotean, iniciando el baile popular de la «Jerigonza». Los organillos lejanos subrayan el ritmo con sus notas alegres.)

EL PETATE.— Primero, la novia... Que baile primero la novia...

(La CARMELA y su abuela empujan a la pobre FANDANGA al centro del corro.)

TODOS.— *(Con ritmo.)* Que lo baile, que lo baile, que lo baile, que lo baile...

LA FANDANGA.— *(Compungida.)* ¡Ay, madre...!

LA CARMELA.— Anda, chica, no seas sosona... *(La FANDANGA se coloca en medio del corro y se levanta las faldas con mucho garbo, y empieza el baile, coreado por las palmas y el canto de los otros.)*

CORO.—

La señá Fandanga
ha entrao en el baile...
que lo baile, que lo baile, que lo baile.
y si no baila,
medio cuartillo pague,
que lo pague, que lo pague, que lo pague...
Que salga usted,
que la quiero yo ver bailar,
saltar y brincar,
las faldas al aire,
con lo bien que lo baila la moza,
déjala sola, sola en el baile...

(La FANDANGA, siguiendo el ritmo del baile, se acerca al PINGAJO y lo empuja al centro del corro. Bailan juntos.)

El señor Pingajo
ha entrado en el baile,
que lo baile, que lo baile, que lo baile...

(Al decir «déjalo solo en el baile», la FANDANGA deja a su marido y se incorpora al CORO. En este viejo baile popular madrileño, especie de seguidillas manchegas, cada uno improvisa el baile sin perder el ritmo, y van sacando sucesivamente a las parejas. Así, el PINGAJO irá sacando al PETATE; éste, a la CARMELA, etc. Mientras esto sucede, ha aparecido la MADRE MARTINA seguida por tres indivi-

duos con una pinta de «polis» que no se lamen. La beata y los tres de la «secreta» contemplan el baile sin que nadie repare en ellos. Cuando le toca salir al SALAMANCA, y terminando el número al decir el coro «Que salga usted», el SALAMANCA va derecho a uno de los polis y le arrastra al centro del corro. El POLI, que ha salido a regañadientes, tiene que bailar su número. Al ver aquel tipo extraño, el CORO canta.)

El señor barbitas
ha entrao en el baile...

(El POLI, terminado el sofoco, y para vengarse de sus compañeros, que se ríen, saca a otro de ellos. El CORO, aludiendo a las gafas del nuevo introducido:)

El señor cuatro ojos
ha entrao en el baile...

(Éste, a su vez, saca al TERCER POLI, que, por cierto, como único rasgo distintivo lleva un flamante sombrero de hongo. El CORO, al salir el del hongo.)

El tío del hongo
ha entrao en el baile...

(Naturalmente, éste, a su vez, saca a la MADRE MARTINA, que es recibida con gran alborozo. Las faldas de la vieja flotan con garbo y salero. El CORO canta.)

Doña Celestina
ha entrao en el baile...

(Terminado el baile de la vieja, ella y los tres desconocidos se escabullen como gatos escaldados entre las chacotas de los otros.)

POLI 1.— Que se diviertan, que se diviertan. En cuanti que estén toos reuníos en la mesa y lleguen los tricornios, ¡zas!, al chiquero...

LA MADRE MARTINA.— Que Dios me perdone. Que Dios me perdone...

POLI 2.— Será mejor ahuecar el ala.

POLI 3.— Sí. Ya están controlaos. El novio el primero, el padrino después, y el gachó que nos ha tomao por la mona del Retiro, detrás. De momento, ¡aire!

(Salen los cuatro en el momento en que el TUERTO empieza a dar fortísimos golpes en una paellera vacía con un gran cucharón.)

EL TUERTO.— *(Una vez hecho el silencio y con voz de pregonero.)* Se hace saber a la distinguida concurrencia... que la paella está a punto... Y que se va a pasar...

(Todos corren con alborozo a la mesa.)

VOCES.— ¡Vivan los novios...! ¡Viva la mare e la novia...! ¡Viva su pare...!
¡Viva yo...! ¡Viva la Pepa...!

EL PETATE.— *(Tratando de poner orden.)* Primero, la novia. Que se siente primero la novia y aluego el novio. A ver si hay cultura y formalidaz...

EL SALAMANCA.— Los novios, en el lugar de honor. En la presidencia...

(Ahora van unos cuantos y cogen en hombros a los novios y, antes de sentarlos «en el lugar de honor», les dan la «vuelta al ruedo». Todos aplauden, agitan pañuelos y cantan.)

CORO.—

Estaba la Nita y Nita
sentaíta en su balcón
Que toma la Nita y Nita.
Que toma la Nita y No.
¡Ay sí, ay no...! [...]

UN GRACIOSO.— Que les den la oreja. Que les den la oreja...

(Por fin sientan a los novios y todos los demás ocupan sus sitios. Los MARMITONES traen las paellas y jarras de vino. Los CHIQUILLOS se sientan en el suelo. Hay una gran alegría. En este momento entra, picado por la curiosidad, el PINGAJO.)

EL PINGAJO.— Eh, madre Martina..., qué hace ahí lechuceando? ¿Es que nos vas a despreciar? Estás convidá tú también... y la concurrencia. Que la paella está pa chuparse los dedos...

VOCES.— Que se sienten..., que se sienten...

LA MADRE MARTINA.— *(Persignándose.)* Dios me libre... Me iba yo a sentar en una mesa de salvajes...

POLI 1.— *(Que hace un rato que husmeaba con la nariz el sabroso aliento de la paella.)* Pues menda sí que va a probar una tajaíta, ya que los del tricornio se hacen esperar. El olorcillo de la paella me aviva el apetito. *(A los otros.)* Ustedes hagan lo que les plazca. *(Se sienta con un saludo.)* Saluz pa celebrararlo muchos años, señores... *(Mete la cuchara, que le dan, en uno de los paellones cercanos.)*

POLI 2.— Pues un servidor también se une a la fiesta..., que con esta brisa se me aviva el apetito. *(El POLI 3 se añade sin decir más.)*

LA FANDANGA.— Venga, mare Martina, que no se lo diga...

LA CARMELA.— No seas tonta, mujer...

EL PETATE.— *(Mientras roe un hueso de pollo.)* A lo mejor está desganá...

LA MADRE MARTINA.— *(Que se ha acercado tímidamente a la mesa.)* Y tan desganá que estoy. Las penas me quitan el hambre. Gozo me da veros comer así. Quién pudiera... Probaré una tajaíta pa que no digáis que lo desprecio. *(Se sienta en su extremo de la mesa y coge pulcramente una tajadita de pollo. Las gentes comen con entusiasmo.)*

EL PETATE.— Dije que iban a ser sonás las bodas del Petate y la Fandanga, y sonás lo están siendo...

EL PINGAJO.— Y espera, compadre. Que pue que lo sean más entoavía...

EL PETATE.— Que no se quede naide del barrio sin comer hoy. ¿No oyes, Tuerto?

EL TUERTO.— *(Que se ha añadido al convite, aunque va y viene continuamente.)* No te preocupes, que ya están las órdenes pertinentes. Y se han llevao la paellas correspondientes pa los ancianos e impedíos y pa las madres lactantes. Aquí no es como en el Congreso, que naide se entiende. Aquí too está bien organizao...

EL SALAMANCA.— Ayer nos pasamos too el día de Dios haciendo listas, y ni un gato se va a quedar sin su raspa... *(Gritando.)* ¡Viva el Petate y la Fandanga...!

POLI 1.— Pues la paella está superior...

UN PATOSO.— Comer, compañeros. Comer y beber; llenar bien la andorga, que ya vendrán malos días...

EL PETATE.— Acordaros del refrán: tripa llena, Dios alaba...

LA MADRE MARTINA.— *(Dejando de comer y persignándose.)* ¡Ay, que Dios me perdone! *(Cierra los ojos y se traga la tajada. En este momento aparece una rueda de GUARDIAS que se sitúan en puntos estratégicos, encarando el arma hacia los comensales.)*

UN GUARDIA.— ¡Ténganse todos y dense presos...!

(Gran silencio. Todos han quedado como petrificados, algunos con el manjar a la altura de la boca. Los tres POLIS se apartan de la mesa y se unen a los GUARDIAS. La MADRE MARTINA se escapa sigilosa.)

POLI 1.— *(Levantándose repentino y señalando al PINGAJO, al PETATE y al SALAMANCA.)* Éstos son, guardias. Éstos son los culpables...

VOCES.— *(Después del estupor.)* Vaya broma pesá... ¡Qué esabórios! Es una broma... *(Pero los GUARDIAS han ido hasta donde están los tres y relucen las esposas. Los demás GUARDIAS siguen acompañando a los invitados.)*

LA FANDANGA.— *(Abrazando a su novio.)* No, no...

LA CARMELA.— Si no hemos hecho na... ¿Es que no se puen celebrar las boas, o qué?

EL PINGAJO.— *(Resignado y ofreciendo sus muñecas a los GUARDIAS, junto con los otros dos.)* Pero ¿no podríamos terminar de comer? Y ustés, señores guardias, ¿no quieren probar bocaó?

(La gente empieza a escabullirse. Algunos intentan arrastrar con ellos alguna paellera, pero los GUARDIAS les cierran el paso.)

UN GUARDIA.— *(Deteniendo a los fugitivos.)* De aquí no se mueve nadie...

(Empieza a levantarse un coro de lamentos. La CARMELA abraza a su marido.)

LA CARMELA.— Que no se los lleven, que no se los lleven... Si no han hecho na... *(Los GUARDIAS han apretado el cerco y agrupan a todos en el centro de la escena. Los tres culpables están ya esposados.)*

EL TUERTO.— Si entoavía no habíamos hincao el diente al lechazo. El lechazo⁷⁹, señores, que está pa chuparse los deos...

LA CARMELA.— *(Estallando en grandes exclamaciones, coreada por las demás mujeres.)* ¡Ay, qué desgracia tan grande...! ¡Ay, qué suerte tan negra...! ¡Y tan sonás que van a ser las bodas...! *(Se mesa los cabellos. Los GUARDIAS siguen encañonando a todos. Mientras, el sol de la tarde aureola la figura de los tres delincuentes.)*

(Oscuro.)

EPÍLOGO

Afuera de Madrid. Suaves y tétricas lomas castellanas. Agrietado cielo de amanecer. Un coro de mujeres envueltas en mantones se agrupa alrededor de una hoguera. Son las que se sentaban al banquete de bodas. En el centro del corro, la VIEJA DE LOS ESCAPULARIOS termina de dirigir el rosario.

LA MADRE MARTINA.— *(Luego de persignarse y quedar en actitud de recogimiento.)* En cuanti que traigan al pobrecito, rezaremos la recomendación del alma. *(Pregunta con acento monjil.)* ¿Saben si ya confesó?

⁷⁹ Comida exquisita. (La palabra en este contexto ha sufrido un cambio semántico donde se generaliza el sentido del lechón o cerdo en crianza a la comida buena o sabrosa en general.)

UNA MUJER.— Y tanto que confesó. Él y los otros. En la «Delega» confiesan toos...

LA MADRE MARTINA.— ¡Ay, válgame Dios! Lo que yo pregunto es si hizo la confesión general con sacerdote...

OTRA MUJER.— Mismamente parecía propio. Dicen que se retrató en Casa Campúa como los infantes de sangre real.

OTRA MUJER.— Y el príncipe era, que se acordó siempre de los suyos, lo que no hacen los de veras... ¿Y qué mujeres como nosotras que no lo defendimos con las uñas y los dientes?

UNA MUJER.— Bien de improviso que nos pillaron con las manos en la paella. El chasco nos cortó la respiración... Pues ¿y el pobre tío Petate?... Un hombre tan cabal y tan señor...

OTRA MUJER.— Pues mira que esa criatura que enviuda tan joven... ¡Qué desgracia tan grande...!

OTRA MUJER.— Y esa pobre suegra...

OTRA MUJER.— ¡Ay, qué desgracia, Dios mío...!

LA MADRE MARTINA.— Nosotras, pobres de nosotras, no podemos hacer otra cosa que rezar por su alma.

UNA MUJER.— Ya está amaneciendo. No puen tardar.

OTRA MUJER.— Mía que si nos habemos equivocao y no lo afusilan aquí...

UNA MUJER.— Aquí afusilan a toos... Por no han visto poco estos ojos que se han de comer la tierra...

OTRA MUJER.— ¡Ay, pobrecito Pingajo...!

LA MADRE MARTINA.— Los hombres que se ciegan por los dineros...

UNA MUJER.— Y dicen que no lo han dejao ver a la viuda ni a la suegra.

OTRA MUJER.— ¡Ay, pobre Carmelilla, que ayer ajustician al marío y hoy al «nuero»⁸⁰...!

LA MADRE MARTINA.— Líbrenos Dios de todo mal...

UNA MUJER.— Hay que ver con qué entereza murió el tío Petate... Era too un hombre...

OTRA MUJER.— Cómo abrazó a los Hermanos de la Caridad y cómo se despidió de toos, y qué tranquilo estaba cuando lo pusieron el anillo y con qué resignación cerró los ojos...

UNA MUCHACHA.— Paecía mismamente que dormía...

⁸⁰ Yerno.

UNA MUJER.— Y mañana le toca al Salamanca, ¿no?

OTRA MUJER.— Ése no me da lástima. Era zángano...

OTRA MUJER.— Pos a mí me regaló unos pendientes...

LA MADRE MARTINA.— Al pobre Pingajo lo ajustician entre dos ladrones, como a Cristo Nuestro Señor, venturoso él...

UNA MUJER.— A él lo afusilan por el aquel del fuero militar.

UNA MUCHACHA.— En eso sale ganando, porque dicen que es una muerte de honra.

UNA MUJER.— Habrá que verlo morir. Como un húsar...

OTRA MUJER.— Tendría chiste que no lo trajeran acá...

OTRA MUJER.— Aquí va a ser, que me lo dijo mi compadre, que es sargento de Pavía.

LA MADRE MARTINA.— Aquí esperamos nosotras, pa rezarle la recomendación del alma...

UNA MUJER.— Pos también tendría chiste que no hubián sío ellos los del atraco...

UNA MUCHACHA.— Tampoco sería la primera vez...

OTRA MUJER.— Porque en España nunca ha habío justicia con el pueblo. Ni justicia, ni vergüenza, ni na...

UNA MUJER.— Lo que yo digo es que no somos mujeres y que ya no quean riñones en los Madriles, sino que habíamos tenío que tirarnos a ellos y hacerles trizas la piel, que pa eso Dios nos dio las uñas...

LA MADRE MARTINA.— Dios lo ha querío de otro modo. En el cielo les esperará la gloria...

OTRA MUJER.— Ya está casi amaneció y no se oye ná... Mía que si tenemos que irnos por donde habemos venío...

UNA MUJER.— Pos más vale así, porque yo no sé cuando lo vea entre los fusiles si no me tiro a ellos y los desgracio...

OTRA MUJER.— Bien se ve que no conoces la ley marcial⁸¹, porque si no, no hablarías así.

UNA MUJER.— (*A la otra.*) ¿Y tú conoces esa ley?

OTRA MUJER.— Mi compadre el sargento me lo ha explicao. Hazte cuenta que si das un grito tan sólo, te colocan a ti también en el paredón...

UNA MUJER.— Ésa es la justicia de España.

⁸¹ Ley severísima militar, por la que se pedía condenar a un hombre por el mínimo motivo y sin defensa de ley civil.

UNA MUCHACHA.— Callen un momento. ¿No oyen?

(Escuchan todas. Se oye lejano toque de diana en el cuartel próximo.)

OTRA MUJER.— El toque de diana. Ya mismo lo traen... El pobrecito...

OTRA MUJER.— A mí me tiemblan las piernas...

OTRA MUJER.— Yo siento un ahogo en el pecho...

UNA MUJER.— ¿Aónde está la bandera? ¿La tenéis ahí?

OTRA MUJER.— *(Sacando del pecho un pañuelo con los colores nacionales.)*
Aquí la tengo yo...

OTRA MUJER.— Bien merece el probe que lo envolvamos en la bandera, como los soldaitos que mueren en campaña...

OTRA MUJER.— Más le valía haberse quedao en la Manigua.

OTRA MUJER.— Pos no sé si dejarán envolverlo en la bandera... Mi compadre el sargento debe saberlo...

UNA MUJER.— Estaría de ver que no le pudiéramos enterrar como queremos...

LA MADRE MARTINA.— Cristianamente es como hay que enterrarle...

UNA MUJER.— Y envuelto en la bandera, señora, envuelto en la bandera.

UNA MUCHACHA.— Se oyen pasos... Deben ser ellos... *(Las mujeres, asustadas, escuchan.)*

UNA MUJER.— Parece que ya están aquí. ¿Y cómo no suena el tambor?

OTRA MUJER.— La ley marcial no tie tambor...

UNA MUCHACHA.— *(Que se había separado del grupo para otear el horizonte.)* Sólo veo dos bultos... No son ellos...

UNA MUJER.— Y vienen llorando...

OTRA MUJER.— ¡Ay, si parece la Carmela...!

UNA MUCHACHA.— Es la Carmela y la Fandanga...

UNA MUJER.— ¡Ay, me alegro que el pobrecito tenga algún pariente suyo en el último momento, ya que también tie la desgracia de ser hespiciano...

(Entran la CARMELA y la FANDANGA envueltas en mantos negros.)

LA CARMELA.— *(Llorando.)* ¡Ay, madre de mi alma...! ¡Ayer vi morir a mi marío y hoy tengo que ver al marío de mi hija...! ¡Ay, qué desgracia la

mía...! (*Va abrazando y besando a las mujeres.*) ¿Qué habremos hecho en el mundo? (*Retrocede al ver ante sí a la MADRE MARTINA.*) ¿Tú también, zorrón? Júas Iscariota..., ¿entoavía quies besarme cuando fuiste tú la que te chivaste a la poli?... marrana.

LA FANDANGA.— (*Llorando.*) ¡Ay, madre...!

UNA MUJER.— (*Apartando a la beata.*) Aparte, mujer... (*A la CARMELA.*) Cálmate, Carmela, y deja esta cuistión, que con eso no vas a arreglar na. Y si chivateó ésta o no chivateó no lo sabremos nunca... Lo que ties que hacer es calmarte... Ven aquí. (*A las otras.*) ¿Quea una jiaja e recuelo⁸²?

OTRA MUJER.— Por ahí anda el puchero...

(Unas cuantas mujeres se llevan a la chica donde hay un puchero a la lumbre. Las otras contemplan con recelo a la beata.)

UNA MUCHACHA.— (*Reconviniendo a la MADRE MARTINA.*) También usted...

LA MADRE MARTINA.— Pero si son calurnias. ¡Calurnias! Yo no sabía na, y que Dios me castigue si miento. Lo que pasó fue que, en saliendo de la venta, me encontré con aquellos hombres, que me preguntaron si se celebraba una boda, y yo les dije que sí. ¿Qué iba a decirles? Ni qué sabía yo si eran de la Policía o no lo eran... Que me quede aquí muerta si miento... (*Conforme hablaba, se volvía a unas y a otras. Pero todas le vuelven las espaldas y se agrupan en torno a las atribuladas CARMELA y FANDANGA. La beata se sienta aparte y vuelve a sacar el rosario.*)

UNA MUJER.— (*A la CARMELA, ofreciéndola el puchero.*) Bebe un sorbito e café... (*A la FANDANGA.*) Y tú también, pequeña... ¡Ay, pobrecita, y qué ojos de pena ties, que mismamente paeces la Dolorosa...!

OTRA MUJER.— Ties que perdonarla, mujer...

LA CARMELA.— Tengo unos nervios que no sé lo que hago... Ayer vi morir a mi Petate e mi alma... Lo vi hasta el último momento, y se despidió de mí con una mirá que lo decía too, too... (*La FANDANGA irrumpe a llorar con grandes sollozos.*) ¡Calla, hija!; ¡calla, hija mía! Huérfana y viuda en pocas horas... ¡Qué desgracia la nuestra...!

⁸² Popularmente, «recuelo» son los residuos del café.

UNA MUJER.— Cálmate, mujer, cálmate... Mira, habemos traído la bandera pa envolverlo, como se hace con los gloriosos. *(Extiende ante ella la bandera española. La CARMELA coge una punta del paño y se la lleva a la mejilla. En este momento empieza a oírse el lejano toque de tambor, que va acercándose.)*

UNA MUJER.— El tambor..., el tambor... Ya vienen... Ya vienen...

(Las mujeres corren a un lado para ver la comitiva y abandonan a las dos atribuladas que sostienen la bandera entre sus manos.)

UNA MUJER.— Ahora sí que son... Ave María Purísima...

LA MADRE MARTINA.— Vamos a rezar la recomendación del alma...

UNA MUCHACHA.— ¡Cuántos vienen!... Parece un batallón...

LA CARMELA.— *(Se levanta seguida por la FANDANGA. En el suelo queda el jirón de la bandera nacional, que empieza a iluminar el sol.)* Yo quiero verlo... Yo quiero verlo... Quiero verlo... *(Las mujeres la apartan.)*

UNA MUJER.— Ten calma...

LA CARMELA.— Un beso, que nos dejen darle un beso...

UNA MUCHACHA.— Ya lo veo. Lo estoy viendo. El pobre. Mirad, mirad...

VOCES.— Probe... ¡Qué pálido está...! ¡Cuánto debe sufrir...!

LA CARMELA.— *(Se agita nerviosa. Tiene a la FANDANGA agarrada a su cintura.)* Pero ¿aónde está? ¿Aónde? Si estoy como ciega... Si es que no veo na..., no veo na...

(El estruendo del tambor alcanza un grado ensordecedor. Las mujeres se apartan arrastrando a la CARMELA y a su hija, mientras la beata sigue incommovible su rezo.)

VOZ DE UN OFICIAL.— ¡Alto...! *(La voz ha sonado terquísima. El chocar de los talones coincide con el enmudecimiento del tambor. Las mujeres se agrupan sollozando. Aparece el TENIENTE de los bigotes, ya conocido, con el sable en alto, que las impide avanzar. Retroceden las mujeres ante el relampagueo de la hoja.)*

EL TENIENTE.— *(Llamando.)* ¡Sargento...!, ¡sargento...!

EL SARGENTO.— *(Apareciendo.)* A las órdenes de usté...

EL TENIENTE.— *(Señalando con el sable una divisoria entre las mujeres.)* Ponga aquí una escuadra de hombres y que no se acerque nadie a una legua... Venga... *(A las mujeres.)* ¡Apartarse...!; ¡apartarse...!

(Gritos de las mujeres. Una de ellas rueda por el suelo. Cinco SOLDADOS les van haciendo retroceder.)

LA CARMELA.— Quiero verlo... Quiero darle un beso... El beso de despedida... *(A la FANDANGA.)* ¡Grita..., grita tú también...!

(La FANDANGA llora.)

SOLDADOS.— Venga, retirarse..., retirarse, que no se pue estar aquí... Retirarse... *(Las empujan hacia el otro extremo de la escena.)*

UNA MUJER.— Tener compasión de una madre y de una esposa...

SOLDADOS.— Que sus apartéis... Si lo vais a ver bien toas... Desde aquí lo poéis ver, leche... *(Han apartado también a la beata, que vuelve a arrodillarse junto a las mujeres.)*

EL TENIENTE.— *(Moviendo el sable.)* ¡Más atrás...!, ¡más atrás...! *(Los SOLDADOS vuelven a empujar.)*

LAS MUJERES.— Tener compasión de una madre... No lo matéis..., no lo matéis..., no lo matéis... *(Esta frase la van diciendo de una manera rítmica, mecánica y escalofriante.)*

(El TENIENTE recorre el espacio libre a grandes zancadas. Tropezaba con el paño de la bandera y le da un puntapié, apartándola hacia donde están las mujeres. Una de ellas sale de la fila, entre los SOLDADOS, y la recoge apretándola contra su pecho. Vuelven las mujeres a cantar aquello de «no lo matéis», que suena como una especie de oración.)

EL TENIENTE.— *(Gritando.)* ¡El reo...! *(Traen entre los SOLDADOS al PINGAJO, pálido y ojoso. Lleva el uniforme de gala de soldado raso. Naturalmente, sin insignias ni hombreras. Los brazos, atados codo con codo. Al aparecer aumenta el clamoreo de las mujeres. El PINGAJO distingue a*

la FANDANGA y a la CARMELA, que llaman a gritos. Se yergue muy solemne y las mira con ternura. Al SARGENTO.) Dispón el cuadro... Vivo, que hace un frío que pela... (Al PINGAJO, que tiembla de frío y de miedo.) A ti no te pregunto cuál es tu última voluntad, porque ya se sabe que me vas a decir una de tus majaderías y no estoy pa líos. Quien mal anda, mal acaba, muchacho... Yo lo único que te digo es que hice too lo posible pa salvarte y que lo siento... (Se echa mano al bolsillo trasero del pantalón y saca una botella de aguardiente.) Así que échate un trago y a ver si te portas como los hombres... (Le pone la botella en la boca como si fuera un biberón y el reo bebe ávido. Parte del líquido se derrama por la pechera.) Bebe, bebe más, a ver si no te enteras de na... (El otro bebe con avidez. Cuando termina, le relucen los ojos.)

EL PINGAJO.— (Con voz ronca.) Gracias... A su salud...

EL TENIENTE.— (A los SOLDADOS que lo custodian.) Vamos... (Camina delante de ellos con el sable al hombro. Se detienen y señala un lugar con el sable.) Aquí... (Luego, a patadas, apaga la hoguera que habían encendido las mujeres, avienta las brasas, da una patada al puchero frente al piquete que se supone fuera de la escena. El PINGAJO vuelve la cara hacia las mujeres. El TENIENTE ordena a sus SOLDADOS, con un gesto, que se incorporen al piquete. Antes de dejar sólo al reo, saca un cigarrillo, lo enciende y se lo pone en los labios al PINGAJO.) Anda, fuma... (Le da una palmada en la espalda y se retira. El PINGAJO se queda sólo como un auténtico pingajo, medio escorado a un lado, con la cabeza colgando y el cigarrillo colgando del labio. Tiene los ojos estremecidos.)

LAS MUJERES.— No lo matéis..., no lo matéis... (Desaparece el TENIENTE.)

VOZ DEL TENIENTE.— Rodilla en tierra... ¡Ar! (Pausa. Estallan los chillidos de la CARMELA.) Carguen... ¡Ar! (Se oye el ruido de los cerrojos al cargar el arma y el pobre PINGAJO, que ha cerrado los ojos, se desploma en el suelo. Aparece el TENIENTE enfurecido y avanza hacia el caído PINGAJO.)

EL TENIENTE.— ¡Será gilí este tío!... ¿Pos no se ha desmayao? (Llamando.) Sargento... (Viene corriendo el SARGENTO.) Mande usted firmes, no sea que esos cafres nos asen a tiros... (Desaparece el SARGENTO y se oye su voz de mando.) Venga aquí otra vez, sargento... (El SARGENTO vuelve de nuevo.) Amos a ver si le hacemos volver en sí. (Le agitan entre los dos. Le dan cachetillos en la cara. El PINGAJO abre los ojos asombrado y les mira como si ya estuviera en el otro mundo.) Venga, levántese... (Le

levantan entre los dos. El PINGAJO está desorientado.) Aquí no hay mala estaca por donde atarle... Ni una mala tapia... Mira que tengo dicho veces que éste no es sitio pa fusilar... *(Al PINGAJO.)* Y a ver si no estás tan atontao tú... A ver si eres hombre... Que paeces una mujercilla tú también... Hasta que no oigas el disparo, no te ties que mover... Quieto ahora. *(Le deja bien colocado, como si fueran a hacerle una fotografía, y vuelve deprisa a desaparecer.)*

VOZ RÁPIDA DEL TENIENTE.— Carguen... ¡Ar...! Apunten... ¡Fuego! *(El PINGAJO ha empezado a caer a la primera voz. Pero la descarga le coge de rodillas y rueda por el suelo.)* Descarguen... ¡Ar! *(Entra y cruza la escena a grandes zancadas. Se coloca ante el bulto del PINGAJO, de espaldas al público y abriendo bien las piernas, le da el pistoletazo de gracia mirando para otro lado. El bulto se sacude de nuevo. El TENIENTE cruza de nuevo la escena mientras ordena:)* ¡Vamos, sargento, armas al hombro y desfilen! *(Los SOLDADOS que contenían a las mujeres se retiran también. El tambor vuelve a batir. El tambor se va alejando. Las mujeres han quedado petrificadas sin moverse. Se arrodillan. Dos mujeres cogen el paño de la bandera y avanzan hacia el cadáver. Detrás van las otras llevando abrazadas a la Carmela y a la Fandanga. Cubren el cadáver con la bandera y se arrodillan alrededor mientras cae el telón.)*

